This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 367.1.36

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

Covert
SAL 367.1.36

RASGUÑOS

LIBROS

DE

MANUEL MÁRQUEZ STERLING

Menudencias.—Críticas.
Quisicosas.—Sátiras y críticas (agotada).
Escarcha.—Prólogo de Manuel del Palacio.

EN PREPARACIÓN

Puntos y comas.

MANUEL MÁRQUEZ STERLING

RASGUÑOS

(SÁTIRAS Y CRÍTICAS)

MÉXICO
EDUARDO DUBLAN, IMPRESOR.
Callejón de 57 núm. 7.

1897

SAL 367.1.36

HARVARD COLLEGE LIBRARY

MAY 3 1917

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Escoto Collection

ROMA

(NOVELA DE EMILIO ZOLA)

El abate Pedro Froment, que es un gran corazón, regresó á París de su viaje á Lourdes, profundamente impresionado. Dedicóse á escribir entonces un libro que titula *Nueva Roma;* estudia con violencia el pasado, el presente y el porvenir de la gran capital y se siente un hombre superior. En el abate Froment se ve una inteligencia notable deslumbrada por el estudio del cristianismo primitivo, que, á través del tiempo se convierte en el catolicismo actual. Es el hombre que siente agitarse en su cerebro la revolución social, y que tiene miedo de llegar á donde pudieran impulsarle sus ideas, las ideas que

tiene escondidas en lo más recóndito del cerebro, las que le pueden salvar como le pueden hundir. Cuando Pedro supo que su libro era perseguido, llenóse de estupor. Se sintió ofendido por los suyos, quiso explanar en la misma Roma, delante de sus enemigos, lo que pensaba y lo que sentía, y á este objeto realiza su viaje á la ciudad del Vaticano, realizando también con él, un ensueño de su juventud .....

.....

La última obra de Zola ha sido recibida con disgusto por sus críticos, bien es verdad que éstos viven predispuestos contra el insigne monstruo de la novela naturalista. Brunetière, Doumic y otros literatos franceses han dicho cosas muy peregrinas en contra del libro *Roma*. Para nadie tal vez, ha sido la crítica tan dura y tan benévola como para el creador de *Germinal*. Alguien se empeña en no reconocer ni la más brillante cualidad del célebre novelista, al paso que Mr. Clerge parece entrever en cada palabra del «maestro» una sentencia para el porvenir. Todo esto, en

mi opinión, peca de apasionado y de injusto. No se debe negar la verdad, pero es absurdo querer inventarla. El crítico debe ensimismarse en la obra de que juzga, debe abandonarse á la sinceridad de sus sensaciones artísticas, olvidando la pasión personal.

Los críticos modernos, en su mayoría, son más que censores literarios, enemigos encarnizados del que produce. La benevolencia con los genios resulta inútil, pero la justicia es una necesidad de la época. Tal parece que todos vivimos hoy con tendencias á la lucha; y adivinar bellezas en una obra de arte, es meritorio por ser *rara avis* en estos tiempos de general descontento.

No creo que *Roma* haya sido empresa superior á las fuerzas de Zola, como lo afirma categóricamente René Doumic; ni creo que lo estrafalario abunde en este libro más que lo maravilloso. *Roma* tiene bellezas inimitables, así como tiene defectos que saltan á la vista. Hay en la forma algo brutal que también resalta en otras

producciones de Zola. Pero, en mi sentir, el detalle es puramente artístico, hermoseando desde el panorama sentimental hasta el espectáculo repugnante.

Confieso que el libro me fatigó extraordinariamente. Es demasiado largo, hay temor en el desarrollo del pensamiento, y me ha parecido vislumbrar á través de sus largas disertaciones, cierto disgusto en el autor, como si se arrepintiera de muchas de sus afirmaciones. *Roma* es más que una novela *tendenciosa*, un estudio histórico, ó empleando la palabra de Doumic, una «monografía.» El desorden, constituye sin duda su principal defecto. Parece un libro hecho en colaboración. El Zola que dibuja á Benedetta y describe los amores de ésta con Darío, no es el Zola que acude al Vaticano, para dar consejos á León XIII, indicando con el brillo de los ojos la próxima ruina del cristianismo intolerante.

*
* *

Para los que adoramos en la literatura francesa, *Roma* es casi un desencanto. Zola sabe hacerlo mucho mejor. Tratándose de quien trazó las páginas inimitables de *La conquista de Plassans,* hay derecho á exigir obras más completas que *Roma:* queremos, sus admiradores, obras en que Zola empiece, y Zola acabe; no queremos que nos abandone en mitad de la jornada.

En mi sentir, la última obra de Zola principia con demasiados detalles; es decir, el autor tiene demasiados datos que, abrumándole, no sabe cómo repartirlos en el transcurso del libro. ¿Probaría esto, acaso, que la afirmación de Doumic de que *Roma* era obra superior á las fuerzas de Zola, no iba fuera de razón? No, lo que creo es que si Zola hubiera escrito este libro hace algunos años—pocos—*Roma* superaría á otras obras del maestro.

En esta misma novela, hay escenas admirables, y que, de seguro, fueron el en-

canto de M. Brunetière. Benedetta desnudándose, lentamente, delante de Darío agonizante, dominada por un amor ardiente, ansiosa de cumplir aquel juramento que fué toda su vida, pertenecerle á él, á él solo, es obra del Zola portentoso que describía la Francisca de *La Terre*, y la inmortal Teresa Raquín.

Como detalle principalísimo de la obra, es imprescindible señalar la silueta de León XIII, ese León XIII que Zola cree conocer perfectamente sin haberle visto. Indudablemente que en la conferencia que celebra Su Santidad con el abate Froment, la impresión personal la hubiera hecho perfecta. Pero, Zola, pudiendo hacer algo mejor en este pasaje que, según Doumic, es la «gran escena, la escena á toda orquesta,» se nota cansancio en esa pluma que siempre corrió ligera y sutil, hay cierta exageración en determinadas situaciones, y tanto deseo de lanzar tal ó cual verdad, que lo principal de la obra, resulta lo más fatigante.

Casi es seguro que Zola se equivocó al

estudiar al Papa. El lo ha visto entre trozos de las Encíclicas, y nos lo presenta con cierta familiaridad falsa, con cierto desenvolvimiento que es absurdo, y que no podemos perdonarle. El gran maestro que jamás falseó un detalle, ni metido en las ruinas de Montson, ni ante las piscinas de Lourdes, ha hecho un León XIII del que está seguramente arrepentido.

Tampoco olvidaré la poca animación de algunos personajes de *Roma*. El Cardenal Boccanera, vive en sueños sin un solo colorido que lo haga un hombre despierto. Y como el Cardenal Boccanera hay muchos en este libro, que carecen de la vida que el autor supo dar, en un arranque suyo, de artista superior, á Benedetta, la enamorada Benedetta.

En ciertas ocasiones recordamos que se repite á sí mismo, dándonos como observación nueva, lo que tiene dicho de viejo. ¿Es que se agota el genio de Zola? Lo que ha sucedido es que Zola ha escrito un libro demasiado largo, sin emoción ninguna y sin mayor empeño.

No; los grandes talentos no deben confiarlo todo á la admiración de sus aduladores. De ahí vienen los grandes fracasos. Y no es arrojo inaudito afirmar que *Roma* lo ha sido. El decirlo es sin duda levantar acta—como el mismo Zola ha dicho refiriéndose al autor de *El monje*—de lo que piensan y sienten cuantos han pasado muchas horas leyendo este libro.

Lo cual no quita que nos forjemos todos mil ilusiones en el nuevo libro que prepara Zola con el título de *París*, ese París encantador que él conoce á la perfección. Tal vez sea una obra para sus lectores muy conocida. ¿No andarán sus páginas revueltas entre las de *Nana*, *Pot-Bouille* y *El vientre de París*?

(Madrid, 1896).

CRÍTICA EN SUEÑOS

Mi respetable y querido amigo D. Pánfilo, que suele estar de mal humor, reduce al siguiente estribillo los más arduos problemas de la vida:

—Todo es, en este mundo, música celestial.

Pero D. Pánfilo—á quien mis lectores no conocen—ha llegado á lamentables extremos en eso de juzgar de las cosas más serias con profundísimo desprecio, y anoche me dijo con irritante convicción:

—No haga vd. caso de filosofías. Si por mí fuera, todos los libros de este mundo arderían en una hoguera. El estudio no saca de apuros á nadie y sirve solamente para acortar la vida y entristecer el es-

píritu.... ¿De qué le sirve á vd. leer á Hegel, por ejemplo?.... Todo eso es música celestial.

Mi cólera fué tan grande que no pude responder á semejante barbaridad.

—Siga vd. haciendo articulitos, siga vd., y se convencerá de lo que repito á diario y sin esconderme de nadie. ¡La literatura! ¿Para qué sirve eso?.... Ruido, ruido, y nada más que ruido..... Unos cuantos señoritos ardiendo en vanidad, que estampan su nombre en los periódicos y que con tal motivo se creen bajados del cielo. Y dígales vd. que lo hacen mal.... ¡Jesús! Dios nos ampare..... Nada, buen amigo, convénzase vd..... todo eso no es más que música celestial.

D. Pánfilo permaneció un rato en silencio y entre tanto pude yo reponerme.

—No puedo oírle á vd. decir esas cosas —le dije afectando muchísima calma— me hace daño su crítica acre, injusta, sin razones lógicas.... Me voy. Adios. Que cuando le vuelva á ver no esté vd. tan pesimista...

Don Pánfilo me volvió la espalda. Fuí á decirle alguna cosa, y ya estaba lejos....

Me quedé impresionado. El teatro, el café, el paseo, me parecieron insufribles. Tomé la determinación de irme á dormir....

***

—A la verdad—murmuraba yo entre dientes—á la verdad que ignoro por dónde he venido á dar aquí. ¿Vd. lo sabe?—añadí dirigiéndome al que tenía á la derecha—si vd. lo sabe, dígamelo por favor....

Mi cabeza era un volcán. Una luz vivísima me impedía abrir los ojos....

—Oiga vd.—volví á interpelar á mi compañero—¿Vd. sabe en dónde estamos?

—Ya lo sabremos—me respondió con impaciencia.

—Respóndame vd., por favor—le pregunté nuevamente, en el tono más suplicante.—¿Vd. está seguro de que yo soy yo?....

—No sé quién es vd.—contestóme con frialdad.

—Ni yo quién es vd.....

Un estruendo horrible me dejó mudo. Abrí los ojos, y me pareció entrever en aquella luminaria á un sujeto con traje blanco, rodeado de cabezas de ancianos con espejuelos.... Sentí deseos de reírme. Pero.... pudo más el miedo.

Una voz de trueno pronunció estas palabras:

—En nombre del dios Apolo, venimos á juzgar vuestras obras y á premiaros ó castigaros si una ú otra cosa merecéis... Haced todos vuestro acto de contrición...

Siguió á estas palabras un profundo silencio. Al rato, la misma voz que antes hablaba, dijo:

—Preparáos.

Confieso que me llevé el gran susto. Fuí á preguntar á mi compañero de qué me preparaba, pero había desaparecido. Una mano blanca lo cogió de los cabellos y lo sentó en una nube.

—Decid cuál es vuestro nombre—dijo

la voz de trueno, dirigiéndose á mi compañero infortunado.

—Antonio Sánchez Pérez.... —contestó desde la nube.

—¿Cómo se llama vuestra última obra? —preguntó la voz.

—*Botones de muestra*— respondió temblorosamente D. Antonio.

El sujeto vestido de blanco y los ancianos soltaron la carcajada. Sánchez Pérez palideció. Yo sentí una lástima extraordinaria.

—¿Cuántas páginas tiene vuestro libro?

—¡Ciento noventa y dos!—respondió pausadamente Sánchez Pérez.

—¡Horror! exclamaron los ancianos.

Y la voz de trueno dijo:

—A tí ¡oh portento de las letras españolas! te toca hacer la acusación fiscal— y diciendo esto levantó por sus canos cabellos á uno de los ancianos.

—Señor.... me confunde vuestra benevolencia—dijo el anciano conmovido.

—No perdáis tiempo, hablad, hablad pronto....

Me volví á mirar á Sánchez Pérez y.... me sentí afligido. Su semblante había tomado los caracteres del horror. Le temblaban las carnes. Los pocos cabellos negros que serpenteaban por su barba, se tornaron más blancos que la nieve.

El anciano habló así:

—Dolor inmenso, profundo, me causa el hacer está acusación, pero á ello me obliga una orden superior, irresistible. Trátase de un paisano, y de un paisano benévolo como pocos, honrado en sus convicciones y en sus ataques. Antonio Sánchez Pérez es una excelente persona, sí, y esto no lo duda nadie que conozca sus bellas cualidades. Sin embargo, el Sr. Sánchez Pérez no es un excelente escritor ni mucho menos.

Para juzgarle, tomemos su libro *Botones de muestra* y procedamos al análisis de tan desdichado libro. Desde tres puntos de vista puede considerarse al Sr. Sánchez Pérez: como autor de cuentos cortos, como crítico literario y ..... como amigo de sus amigos. Vamos por partes.

Los cuentos cortos de Sánchez Pérez carecen de mérito alguno. Están escritos con rapidez. No hay en ellos observaciones dignas de tenerse en cuenta, carecen de objeto. De los cuentos que contiene *Botones de muestra*, el único en que hay alguna intención es *El secreto de la muerta*.... Y para eso.... más parece una novela de Dumas ó de Pérez Escrich, que un cuento escrito por quien vive en el espíritu moderno.... Isidorillo Corto es el tipo más insulso que ha creado cabeza de cuentista. En *El último beso*, no hay nada que merezca un aplauso....

Don Antonio no pudo resistir más y se deshizo en llanto. El anciano permaneció un breve instante en silencio, y luego prosiguió:

—Vuestras lágrimas ¡oh Sánchez Pérez! me tienen afligido. Nada más diré de vuestros cuentos. Enjugad vuestro llanto, serenáos y dejadme continuar en el cumplimiento de mi deber....

Don Antonio pareció consolarse con las palabras del anciano, y éste añadió:

—Como crítico, mi acusado no tiene por donde cogérsele. (Sánchez Pérez se puso asustadísimo). Creo que si todos los críticos fuesen como él, no habría crítica en el mundo. Es intolerable que el género literario que yo ennoblecí, caiga en manos de un hombre de tan buen corazón como Sánchez Pérez. Considerándole como crítico, he de ser con él tirante á más no poder. Yo soy *Figaro*, Sr. Sánchez Pérez, yo soy *Figaro* y....

Al oír estas palabras, D. Antonio fué presa de una convulsión nerviosa. Un anciano le aplicó á la nariz un pomo de éter, y el crítico volvió en sí.

—Jamás he leído una crítica de Sánchez Pérez, en la que no se le llame genio al criticado. Solamente cupo en suerte el Sr. Francisco Sánchez y Castro, el verse destripado por el autor de *Botones de muestra*.... Y para el caso, el buen D. Antonio termina asegurando en su crítica del Sr. Sánchez y Castro, que «la versificación de *La mejor venganza* es esmerada»..... Jamás pude explicarme

por qué el Sr. Sánchez y Castro ha sido en la crítica de Sánchez Pérez una excepción; pero *Fray Candil*, en carta particular reciente, me dice: «Es porque serán parientes, y ya sabe vd. que no hay peor cuña que la del mismo palo» ....

Innumerables defectos son los que pudiera anotar en la crítica de Sánchez Pérez. Hablando de ese gran disparate de Echegaray, titulado *Dos Fanatismos*, afirma que es muy buena obra, pero que es muy mala; que es obra de gran trascendencia, pero que en ella no cumple el autor sus propósitos.... En fin, Sr. Sánchez Pérez, que yo, *Fígaro*, no puedo tolerar á vd. semejantes arbitrariedades, y que no continúo juzgándole como crítico, porque....

Don Antonio dejó escapar un suspiro. Yo sentí que me pellizcaban fuertemente un pie. Permanecí durante un rato aturdido, y al fin.... volví la cabeza. Me restregué los ojos. Me ví acostado en mi cama y perdí de vista á Sánchez Pérez, y á *Fígaro*, y al enviado de Apolo IV

momento divisando la figura de un amigo, exclamé:

—¡Don Pánfilo!

—Déjese vd. de tonterías—me respondió—déjese vd. de tonterías, que en este pícaro mundo todo es música celestial....

(México, 1895).

TOROS

No lo puedo negar: la plaza me atrae.... me atrae tanto como me repugna la corrida. Por una y otra razón, asisto con frecuencia á este espectáculo genuinamente español.... y por una y otra razón siento placer en fustigarle. Con franqueza diré que preferiría que no hubiera toros en Madrid. No es que trate yo de educar los gustos de esta gente bulliciosa y alegre, no: es que no me agrada verme en el caso de ir á las corridas. Protesto enérgicamente de esta fiesta brutal; juro mil veces que odio á Mazzantini, como á Guerrita, y tanto ó más que á Reverte.... lo cual no impide en manera alguna que todos los domingos y fiestas de guardar

me dirija hacia la plaza, con el tétrico aspecto de quien va á presenciar la ejecución de un condenado á muerte....

Terminada la fiesta, me dedico á filosofar sobre motivos de tauromaquia sentimental con el primer amigo que me tropiezo en el Café ó en el Casino.

—Bien—suele responder alguno á mis largas disertaciones—y si á vd. no le gustan los toros por qué no falta á ninguna corrida?....

Y yo me encojo de hombros, doy alguna vaga respuesta, y disimulo encendiendo un pitillo habano.

Cuando no tengo ganas de hablar mucho, y á la salida de la plaza me pregunta cualquier amigo:

—¿Qué le ha parecido á vd. *eso?*

Respondo parodiando al príncipe dinamarqués inmortalizado por Shakespeare:

—Cornadas, cornadas, cornadas....

Y soy capaz de tararear un trocito de *La Maja*.... por no discurrir.

*
* *

Los toros en América, son harina de otro costal. Ignoro en qué se diferencian, pero estoy cierto de mi afirmación. Tal vez dependa de los toreros. Tal vez dependa de los toros. Tal vez.... del público. Pero al paso que los de aquí me indignan.... los de allá me fastidian....

A ser justo, no niego que el arte de torear tenga sus méritos excepcionales, ni dejo de concebir que cuente con mil amantes.... Todas las cosas de esta vida tienen su belleza, belleza absurda á veces, pero belleza al fin. ¿No hemos visto exclamar á muchos entusiastas, en presencia de un elefante, «¡qué elefante tan bonito!»

Sin embargo de que la tauromaquia tenga sus bellezas, la diversión es bastante bárbara. En la plaza se piensa, y con frecuencia, en aquellos circos romanos de que nos habla esa chismosa de los tiempos que apellidamos Historia.

—Sea vd. benévolo—me decía anoche un periodista en *Fornos*—sea vd. benévolo, y ya verá cómo el arte de matar toros, tiene también su miajita de poesía....

*
* *

Al compás de un toque agudo de corneta y de un redoble de tambor, desfila la cuadrilla lujosamente ataviada, á lo largo del redondel. Con modales propios del torero legítimo, lanza aquella tropa un saludo descarado á la muchedumbre. Toma sus posiciones á la espalda de la barrera, y se abre la puerta para que salga el toro. La fiera, azorada, asoma la cabeza. Pausadamente se dirige al centro de la plaza. Y al divisar la brillante chaquetilla de sus antagonistas, desafiada por la provocativa capa roja, embiste al torero y lo esconde tras la barrera. La fiesta principia. La multitud grita, aplaude, silba, celebra y protesta. Para todos, público, toro y toreros, empieza la fiebre. para el animal la lucha por la vida. Para el torero la lucha por el arte.

Cuatro picadores valientes, cabalgando jumentos enflaquecidos, algo tísicos, no poco reumáticos, aparecen en el redondel y acometen al toro. ¡Qué papel tan desairado el del caballo! Esta es la fiesta en que el caballo sólo sirve de instrumento mezquino. ¡Qué envilecida quedaría la especie si sólo se la empleara en estas faenas! El caballo, que se distingue por su nobleza y su inteligencia, va á la lucha vendado, y sólo conoce el peligro porque tiene olfato. Va á la lucha, haciendo un voto de conformidad. El toro lo acribilla á cornadas. Le saca las tripas, y el caballo, con resignación terrible, con todo el vientre hecho pedazos, tinto en sangre, arrastrando sus entrañas que se revuelcan en la arena, continúa la lucha impasible, sin una queja, sin una protesta del destino y del dolor. Tal parece que es un caballo de cartón. El fuerte descarga su fiereza en el débil. Cuando la bestia no puede más, cae desfallecida, y espira entre los aplausos de un pueblo divertido.

El toro repite la hazaña con otros muchos caballos que se baten en iguales condiciones, hasta que un toque de corneta ordena despóticamente el principio del banderilleo.

Pasada aquella escena primera, que es la más brutal, el banderilleo tiene sus encantos y sus peligros. Allí hay algo en que se revela el instinto de la fiera y la inteligencia del diestro.

Matar luego al toro es el triunfo definitivo de la corrida. Cuando Reverte, que es un valiente, empuña con elegancia la espada, se enfrenta con el *bicho* y le da un golpe certero que le deja en tierra, se siente alguna emoción. ¡Ay! y si no viera á través del redondel la figura del caballejo entristecido, hecho pedazos, con una venda que le impide defenderse del enemigo.... tal vez llegaría á reconciliarme con el hombre que expone su vida, lleno de entusiasmo, á cambio de un aplauso y.... un puñado de oro.

(Madrid, 1896).

CORRESPONDENCIA DE GENIOS

La vida es corta.... pero amarga. Ser genio es una desdicha: ser necio es la mayor felicidad. Y á pesar de estos pesares.... la humanidad sienta plaza de genio, con más obstinación que la de los muchos que piden credenciales á los Ministros. Estoy seguro de que Menéndez Pelayo recibe cartas á diario en las que

> Un sujeto que no tiene vergüenza
> ni pundonor ni lo que hay que tener

como debieran decir en *La Verbena de la Paloma*, suplica al crítico, guiado por la más sana intención de que la filosofía progrese, que tome nota de sus obras inédi-

tas (las del sujeto) para que haga uso de sus teorías (también las del sujeto) en el primer discurso que pronuncie D. Marcelino ante el ilustre público de Madrid. «Porque mire vd., Sr. Menéndez Pelayo —añadirá el autor inédito en un arranque de franqueza—yo no sé por qué mi nombre pasa tan inadvertido en los círculos científicos de esta corte. Lo que me dice mi papá: «muchacho, tú tienes genio» ¡ay, D. Marcelino!.... y ¡cuando papá dice una cosa así con tanta convicción!....»

Y D. Marcelino se sentirá agobiado por el peso de tanta majadería.

Luis Taboada, el inagotable pintor de Recoletos y el Buen Retiro, recibirá también su ración de esquelitas amigables. Supongamos una:

«Amigo Luis:

Me le presentaron á vd. una noche en la Cervecería Inglesa. Trate vd. de recordar que soy su amigo. Por tal, *me tomo* la libertad de *tomar* la pluma, para decirle que ayer en *El Imparcial* habla

vd. de una señora embarazada que dió á luz en plena Puerta del Sol. ¡Ay, amigo Luis, amigo Luis!.... ¡Cuánta gracia nos ha hecho el chiste á Joaquina mi esposa y á mis hijitos Pelegrín, Ramón, Perico y Dorotea!.... Pelegrinito, que es un niño de genio, y que será, con el tiempo, un Taboada mayúsculo, ha hecho un cuento precioso en el cual una gata sale de su cuidado en *Jai-Alai*.... Hágame el favor de dársele á leer á *Clarín* y después á Sinesio Delgado. Temo que Sinesio lo publique.

Perdóneme que me haya *tomado* la libertad *de tomar* la pluma con el *objeto susodicho.*

Ordene y mande á su afectísimo

RAIMUNDO CACHO.

P. D.

Recuerdos á Zahonero.»

Taboada, que es de la piel del diablo, pensará: «¿tú te has *tomado* la libertad de *tomar* la pluma?.... Pues yo me voy á *tomar* la libertad de *tomarte el pelo.*»

Y en el primer *Madrid Cómico* que sale, se muere de risa hablando de la familia de Cacho.

*
* *

Pero D. Benito Pérez Galdós, que tiene su modo de ser especialísimo, no sé qué habrá hecho con una cartita abierta que un *genio* le dirige desde *La Discusión* de la Habana.

Se trata de una gran calamidad: Francisco Hermida.

Yo no sé, y esta es la verdad pura, cómo el Sr. Hermida se atreve con D. Benito.... porque atreverse con D. Benito es el colmo de los atrevimientos.

La carta á que me refiero, es un disparate horrible, que no la escribiría peor ni el incomparable Palau, que, en cuestión de escribir mal, es el colmo.

Mis lectores pensarán, de seguro, en los motivos de la epístola de Hermida.

Pues bien, hélos aquí. Primero, el afán de ponerse en ridículo. Esto lo primero.

Y lo segundo.... participar á D. Benito, que á pesar de haberse estrenado *La loca de la casa* en Madrid, y de haberse puesto más tarde en la Habana, él, Hermida, no la conocía. Y D. Benito se encogerá de hombros y sentirá lástima de que Hermida diga tantas tonterías ...

Hermida cree entonces necesario comunicar á Pérez Galdós el por qué de su falta, y añade:

«Pero en esa época yo me hallaba en Venecia, donde asistía, casi todas las noches, al teatro Goldoni á ver comedias de éste en dialecto veneciano. Allí ví también *La mujer ideal* de Mario Praga. No acabo de decir esto á humo de pajas. Lo he dicho porque todas y cada una de las comedias de Goldoni son obras maestras, y *La Mujer ideal* de Mario Praga es una comedia modelo, y en todas esas obras se diserta largo y tendido.»

Lo cual que.... seguirá teniendo sin cuidado á D. Benito, el cual D. Benito pensará:

—Y bien, ¿á mí qué me importa que el

Sr. Hermida fuera todas las noches al teatro Goldoni en Venecia?

—No sea vd. ingrato—le contestaría yo á D. Benito defendiendo al Sr. Hermida—vd. ignoraría lo de la disertación.... si no fuera por el autor de tan bonita epístola....

Este añade: «¿Acaso no se diserta en la vida?»

Y se aumenta la consternación de D. Benito.

Oigamos á Hermida:

«Más que nadie diserta Ibsen, y la crítica en Alemania, en Francia, en Italia (en España, exceptuando á Barcelona, se desconoce á Ibsen todavía) ha calificado al autor de *Los desaparecidos* y *La Comedia del amor* como el primero de los dramaturgos de nuestro tiempo. Y cuidado si diserta Ibsen!»

No es posible decir más disparates en un parrafillo tan corto.

¿Quién ha dicho al Sr. Hermida que en Madrid no se conocen los dramas de Ibsen?

Sobre todo.... eso de *desaparecer* á *Los aparecidos*, es cosa de avisarle por telégrafo al dramaturgo noruego.

Don Benito pensará:

—El tal Hermida para decir desatinos no tiene precio.

Y.... Palau tan satisfecho.

«Los franceses rechazaron la música de Wagner porque disertaba, pudiera decirse.»

Y yo creo que la rechazaron porque no les pareció armoniosa, ni sonora. Acostumbrados luego á esa música extravagante, que ni fastidia ni encanta, pero que subyuga, se ha llegado á creer que Wagner es el *summun* de los músicos: ni lo afirmo ni lo niego.

***

Para terminar, diré que el Sr. Hermida desbarra de una manera lamentable. El teatro de Pérez Galdós está muy por bajo de representar en el arte dramático, lo que las óperas de Wagner en el musical.

Doña Perfecta aparece llena de defectos en el drama. La crítica madrileña ha sido algo benévola con ella, y ha respetado al drama, por respetar á la novela, que es excelente. La crítica deploró, y con razón, que algunos personajes importantes de la novela, perdieran en el drama su fuerza moral y su intención.

¿Está vd. enterado, caballero Hermida?

Y ya me parece ver á D. Benito contrariadísimo, preguntarle á Pereda:

—Pero ¿ha leído vd. la carta que un tal Hermida me dirige desde *La Discusión* de la Habana?

—No, ni sé quién es ese sujeto.

—Pues imagínese vd. que me la ha dirigido Melchor de Palau....

—¡Horror!

(Madrid, 1896).

NAUFRAGIO...

CADA vecino se entretiene á su manera. Este, enamorando á la criadita de su casa. Aquel, buscando consonantes para un soneto. Yo, burlándome sin compasión del prójimo.

—Ya tiene usted bastante—me decía uno—para que el mejor día le rompan la crisma.—¡Y me harían un gran favor!—respondíle soltando la carcajada. Luego añadí:—Todos tenemos el tejado de vidrio, y todos tiramos piedras al del vecino: esa es la vida. A vd. le parece que á mí me deben romper la crisma porque me río de los malos versos, y me burlo de todo bicho viviente. ¡Oh, amigo, pero olvida vd., que por hacerle el amor á Pepita, D. Joaquín le debe dar una paliza

soberana! D. Joaquín tiene muchísimo dinero y unas cuantas hijas; vd. sabe que repartido el capital, tocan á cincuenta mil durillos cada seno, y vd. dice, pues haciendo el oso á Pepita (la menos fea, sin dejar de serlo) me pagarán con cien mil pesos mexicanos tamaño sacrificio. Pues, caballero, vd. le roba á D. Joaquín, no lo dude ni un instante, y merece algo ó más de la paliza: una celda en la cárcel.

Mi amigo se puso pálido, y hasta creí que le diera un ataque; pero después de oler un poco de éter, se repuso, y me dijo temblando de emoción:

—Ha hablado vd. como si leyera en mi conciencia. Yo tiré piedras á su tejado, y vd. me ha roto el mío.

No tan mal, que éste sabe que peca y no lo niega cuando uno le habla alto: los peores, los que no tienen remedio, son los que por la más insignificante bagatela le mandan á vd. sus padrinos. Eso sí, ellos pueden decir á vd. atrocidades, y vd. ha de aguantárselas, porque las dicen ellos.

Un día que estaba yo de mal humor, y

con cara de pocos amigos, se me presentó un jovencillo (que si vd. lo sopla se deshace) con el objeto de consultarme un drama.

La escena fué original y se la relataré á vdes. con los detalles principales.—Eran las dos de la tarde: yo me caía á pedazos de aburrido—como se dice vulgarmente —y sentí ruido en la puerta de mi habitación; una mano que parecía de mujer tímida arañaba la madera: es de mala educación eso de dar golpes para que abran las puertas, y mi héroe pertenecía á la clase de los bien educados.

«Mientras no sean más que arañazos, ya te puedes pasar toda la tarde arañando. . . .» pensé sin moverme de mi silla; pero al cabo de dos horas el jovencillo dió al traste con su buena educación y arremetió un par de bofetadas á la puerta. Esta, que aguantó los araños de aquel gato de buena educación, se quejó amargamente cuando el gato se convirtió en autor dramático impaciente que golpea las puertas de los críticos.

Imitando la vehemencia del dramaturgo, grité:

—¡Adelante!

Y un joven de mediana estatura, de fino bozo, de ojos dormidos y de andar reposado, penetró en mi cuarto, con el sombrero en la mano y el drama debajo del brazo.

—¿El señor Márquez Sterling?—preguntó con voz de pito.

—Servidor de vd.

—Pues.... he sabido que es vd. crítico....

—Ha sabido vd. mal—le interrumpí.—Soy cubano.

El poeta no hizo caso de mi interrupción y continuó:

—Y he sabido también que no tiene vd. pelos en la lengua, y que le dice las del barquero al pinto de la paloma.

—Muy cierto; pero siéntese vd., porque preveo que esto va muy largo.

El joven se sentó.

—Este es el hombre que me hace falta para que lea mis obras, pensé cuando lo supe, y aquí me tiene vd. dispuesto á leer-

le un drama que pronto he de ver en el Teatro Nacional.

—¿Y se titula?

—*Naufragio y descarrilamiento.*

—Hombre, eso debe ser bonito, y sobre todo.... muy original.

—¡Ah!—exclamó el autor—la originalidad es lo que caracteriza mis obras. Dicen que bajo el sol, no hay nada nuevo que decir. Pues, amigo.... yo he encontrado mucho.... Mi drama es original, porque figúrese vd. un hombre que ama. ¡Figúrese vd. un hombre así, un hombre que ama!:... ¡Oh, un hombre que ama debe ser un hombre virtuoso! Y mi hombre lo era, y probó que lo era muchas veces.... Sí, señor, lo era muchas veces. Mi hombre amaba á una mexicana rubia como el oro, sutil como el viento, graciosa como un remolino....

—¡Vamos—interrumpí—su hombre estaba enamorado de un gracioso huracán!

—No—añadió el joven algo contrariado—ella era vaporosa como un traje de muselina y despertaba pasiones inmensas, y

mi hombre decía: «Las pasiones, son los huracanes del corazón.»—El primer acto de *Naufragio y descarrilamiento* pasa en el mar.... Las olas mecen la barquichuela en que Roberto (así se llama mi hombre) viene á México en busca de....

—De su traje de muselina—interrumpí.

El poeta sonrió.

—Figúrese vd. á Roberto meciéndose sobre las olas, con un cielo azul, y recitando las golondrinas de Becquer... cuando el telón surca los aires....

El poeta se quedó orgulloso de su telón, y después de una ligera pausa, continuó:

—En el segundo acto, la tempestad, el cielo negro como la conciencia de Caín, la mar furiosa como Nerón, la barquichuela huyendo de la catástrofe como la casta doncella huye de su perseguidor enamorado.... Al fin, la barca se hunde, Ernesto desaparece y.... el telón se desliza por los aires.

—Pues me va interesando el drama.

—Oiga vd.: el tercer acto es sublime. Un campo solitario. Los árboles saludan me-

lancólicamente á los pájaros viajeros. La luna, allá á lo lejos, aparece entre el follaje. Luego un clarín que canta, después un tren que cruza con carrera vertiginosa la llanura. Más tarde.... otro tren que se divisa en el horizonte. Por último.... el choque horrible. Alaridos, angustias, agonías.... Un wagón que se destroza, una mujer que sale de su interior y que se dirige á un herido.

—¡Ernesto!—grita—¿eres tú?

—¡Sí, soy yo!

—¡Dios mío!—exclama ella sollozando—¿no habías naufragado en el otro acto?

Ernesto lanza un suspiro profundo, y fué el último que exhaló en la tierra....

Ahora mismo voy á leerle á vd. mi drama. Ya conoce vd. el argumento.

En verdad, confieso que procedí con violencia, pero no puedo ocultar á vdes. que salí loco de furia y llamé al gendarme de la esquina.

—Me parece que para algo tenemos á la policía—murmuré cuando regresaba con el agente del orden público.

Y el poeta se desvaneció del susto, y el drama quedó sobre la silla, lamentándose de su infortunio.

Era peor una silba en pleno teatro....

*
* *

Casi me había olvidado de aquel energúmeno; apenas me podía dar detalles de aquella escena tan curiosa, cuando se me presentan dos caballeros de buen porte, á recordarme la visita intempestiva del dramaturgo eminente: eran los representantes del poeta ofendido, que deseaba una reparación por medio de las armas.

—¡El honor!—decía uno con voz de rana.

—¡El honor!—repetía el otro con voz de trueno.

Pasé mi apurillo, no lo duden vdes.; pero el dramaturgo, por suerte mía, fuese á buscar la paz de la existencia, en una celda de San Hipólito....

¡Estaba loco!

APUNTES DE VIAJE

(A ORILLAS DEL HUDSON)

I

El vapor *Yucatán*, con toda la traza de un borracho, se tambaleaba al enfrentar con el cabo Hateras. Bonita noche. La luna parecía un sol sumergido en agua de azúcar, y la temperatura, ardiente, tropical, amenazaba freirnos como sardinas. Los pasajeros, totalmente fastidiados, bailábamos involuntariamente el cancán sobre cubierta. Y á pesar de que un marinero había anunciado las doce, nadie se sintió con fuerzas para meterse en el camarote.

El calor nos enmudeció. Tal parecía que todos nos engolfábamos en conside-

raciones de alta filosofía. Un caballero, tísico al parecer, en traje de verano habanero, y con una gorra azul en mitad de la cabeza, suspiraba tristemente. Otro caballero que no estaba tísico, pero que tal vez lo esté con el tiempo, miraba con melancolía las estrellas tirado panza arriba en un butacón. Y todos, todos, esperábamos con ansiedad los primeros brisotes de la madrugada.

El caballero tísico padecía de una aguda afección romántica, y pude advertirlo cuando rompió el silencio de la noche, y dirigiéndose á una hermosa portuguesa que se daba fuertes abanicazos en el seno, pronunció estas palabritas:

—¡Qué profundo es el mar! El hombre siente la atracción de lo grande y de lo bello: he sentido deseos de arrojarme al agua y de volar al cielo....

Después de una breve pausa, continuó:

—¡Grandioso elemento! La ola que muere forma la ola que nace. Esa luna que ilumina las aguas, marca un surco de fuego entre el barco y el horizonte...

Algunos pasajeros nos dormimos profundamente, y al despertar, había llegado la madrugada.

—Entraremos á las nueve—murmuraba un caballero muy charlatán.

Pasadas cuatro horas, divisábase á lo lejos una lengua de tierra. El *Yucatán*, sereno, sin dar un solo balance, avanzaba paulatinamente. La lengua de tierra creció poco á poco á nuestra vista.

Una hora más tarde, entrábamos, llenos de gozo, por la boca del río Hudson.

II

Frescamente nos colamos entre un enjambre de embarcaciones. Los pasajeros se decoraban alegremente en sus camarotes respectivos, y desde la cubierta, oíanse las estridentes carcajadas y los agudos chistes que les sugería la llegada á New York.

Repentinamente, el vapor se detiene produciendo consternación verdadera en-

tre los que ignorábamos el motivo de aquella parada en firme.

—¿Trae vd. certificado de salud?—me preguntó enérgicamente el médico de á bordo.

—Lo que traigo es mucho calor—respondí.

—Pues se quedará vd. en esa isla—continuó con la misma energía, y al propio tiempo me indicaba con el dedo un montón de tierra lejano.

Intenté protestar. ¡Cá, imposible!

—Pero....

—Nada—exclamaba el capitán.—Es preciso que complete vd. ahí los cinco días...

Tuve por fuerza que resignarme, y mientras llegaba el remolcador que nos conduciría, el caballero romántico me daba conversación.

—¿Ve vd. aquel pedazo de tierra que tal parece la nariz de una diosa? Pues se llama Sandy Hook.... ¿Y ve vd. aquel carro que parece tirado por gacelas? Pues se llama Staten Island....

Mi desdicha no tuvo límites. El remolcador se acercó al *Yucatán*, y en él me arrojaron como si fuera un saco de piedras.

—¡Lleva vd. compañía!—me gritó desde el vapor un amigo.

Y cuando me dí cuenta del suceso, estaba de pie, sobre una miniatura de cubierta, rodeado de siete chinos que olían á opio.

—Pero ¿y estos chinos de dónde han salido?—pregunté furioso al oficial.

—Son pasajeros como vd.—me respondió.

Y aquella tropa del Celeste Imperio parecía más que un grupo de pasajeros, un complicado aparato desinfectante.

III

Llegamos á Hoffman Island. Indignado de semejante barbaridad, apenas contesté á las preguntas que se me hicieron. ¡Jamás olvidaré lo que sufrí en aquella cárcel! Un pedazo de América que ten-

drá medio kilómetro cuadrado de extensión. La ciudad la componen dos grandes hoteles en donde tienen á bien hospedarse los que por desgracia llegan al río Hudson sin certificado de salud.

La noche me pareció eterna. Era, además, caliente, desesperante.

A una distancia regular, divisábanse luces de colores y oíanse en soñolienta algarabía, murmullos de orquesta y gritos de gente divertida....

—¿Qué sucede allí?—pregunté.

—Es la temporada de Cuny Island.

Y entre tanto los chinos, hablando en lenguaje ininteligible, apestaban á opio, y se entretenían, sentados á la orilla, viendo discurrir tranquilamente el río Hudson....

(New York, 1895).

ZIG-ZAG

MANCHA QUE LIMPIA, *por José Echegaray.*—
PEÑAS ARRIBA, *por José María de Pereda.*—
UN DRAMA NUEVO.

Los más de los críticos callejeros juzgan de las obras al través de un lente moral sobradamente necio. Hay críticos más exigentes que otros, en punto á moralidad; pero la mayoría señala con el dedo del desagrado, toda obra que no sea una moraleja chabacana y ridícula. En la novela, no es posible que esos moralistas aprueben *La Terre* de Zola, ni *Madame Bovary* de Flaubert. En el teatro, son más exigentes: Sardou ha escrito obras muy inmorales, y *Divorciémonos* es capaz de ruborizar á un buey. Echegaray, que tiene tantas obras buenas, es lástima que

sea tan inmoral.... En fin, que para esa pléyade, la moral anda por los suelos, y los autores han perdido la vergüenza....

Felizmente, yo no soy de ese parecer. La moral, para mí, no está en retratar las virtudes. Nunca he censurado á Echegaray desde ese punto de vista, y creo que la moral de sus obras consiste más en el que las ve, que en ellas mismas. Y sobre todo, que el individuo debe buscar la moralidad en sus costumbres, en su manera de vivir y no en el teatro y en la novela. El arte no indica, como condición precisa para que una obra sea buena, la censura constante é implacable de los vicios, y el elogio cargante de las virtudes.

Mancha que limpia, la última obra de Echegaray, no puede censurarse como obra inmoral, ni á mí me importaría que lo fuera; pero en cambio, como obra de arte, me parece muy mediana, y creo sinceramente, que está muy por bajo de las demás obras del poeta insigne de *El Gran Galeoto*.

Echegaray es un dramaturgo muy defectuoso, aunque no lo confiesen así sus admiradores. Es un poeta de imaginación vivísima, que se pierde en brazos de su fantasía. En todas sus obras hay tipos exagerados é inverosímiles; él no transige con los términos medios: ó la franqueza desmedida, ó la hipocresía refinada. Un héroe virtuoso suyo, jamás da un traspié, como lo dan todos los virtuosos de este mundo. En el secreto de sus dramas, hay falta de verdad, y sobra de bobería en los personajes. Aun me parece que estoy en la primera representación que vi de *O locura ó santidad!*

Mancha que limpia es el acopio desdichado de todos los defectos de sus demás dramas. Así como en *De mala raza* hay tipos innecesarios, en *Mancha que limpia* hay alguno que pudiera suprimirse. Echegaray se figura que no es posible un drama sin una mujer virtuosa á quien la sociedad condene; sin un Juan Lanas chismoso y entrometido; sin un consejero de familia, y sin una hipócrita redomada. En

casi todas las obras de Echegaray, estos son los tipos que predominan. En cuanto á los desenlaces, para él no hay desenlace posible sin sangre. En *Mariana*, le pareció irremediable la muerte de la heroína, y en *Mancha que limpia*, le puso el puñal en las manos á una mujer virtuosa, para vengar la infamia de la mujer hipócrita que engaña á una sociedad entera.

Esta escuela sanguinaria es sin duda la escuela del público del paraíso. Lástima que un genio como Echegaray, escriba para público semejante.

Otro defecto de Echegaray, y tal vez el peor de los suyos, es el de hacer la obra para el título y no el título para la obra. Lo primero que él discurre es el título, no cabe duda. Si Echegaray no se hubiera empeñado en hacer un drama con el título de *Mancha que limpia*, los sucesos de esta obra se hubieran desenvuelto con más naturalidad, con más lógica.

El desenlace de *Mancha que limpia*, peca de violento y de falso. Es decir; los

sucesos se precipitan, y no son como debieran ser. Echegaray, para el final de *Mancha que limpia*, no se paró en los medios; y teniendo medios muy sencillos y naturales, los despreció por los más insulsos.

Mancha que limpia es una *mancha que mancha* el teatro de Echegaray; es una obra que de seguro la escribió su autor en una noche de insomnio, sin pensarla ni medirla....

En cuanto á la prosa de *Mancha que limpia*, sería injusticia tonta afirmar que es defectuosa; pero, en mi concepto, nada tiene de brillante ni de extraordinario.

En *Mariana*, la pluma de Echegaray corría con más suavidad, con más soltura.

***

Si Pereda no hubiera escrito *Peñas arriba*, podría afirmarse, sin reparo, que la literatura castellana ha estado de malas en estos tiempos. Hablando sinceramente, *Peñas arriba* es lo único bueno que

se ha publicado últimamente en nuestro rico lenguaje.

Mancha que limpia entristece y sugiere la idea de que los literatos castellanos decaen. Porque si Echegaray da un traspié tan notable ¿qué puede exigirse de los autores que no pasan de medianías, con aspiraciones á escritores de nota?

Peñas arriba, por el contrario, nos hace ver que aun hay quien conserva su pluma con el vigor de los grandes estilistas.

Pereda se ha distinguido siempre por lo castizo de su lenguaje. *Peñas arriba,* es una obra de muchísimo mérito, y en mi sentir, no tiene nada que envidiar de *Sotileza,* ni de *El sabor de la tierruca.* Es un libro entretenidísimo que deleita al lector. Después de aquella caída que dió Pereda en su novela *Al primer vuelo....* el literato de Polanco ha demostrado en *Peñas arriba* que aun tiene bastante genio para escribir obras á la altura de *Pedro Sánchez.*

Los personajes de Pereda han sido siem-

pre completos. En *Peñas arriba* los hay. El simpático D. Celso, es el producto de un cerebro sano, de un don especial de observación: no hay en él nada de imaginario, nada de inverosímil. Los personajes de Pereda, como los de Galdós, son de esos que se encuentra uno á cada paso. Por eso Pereda y Galdós me encantan retratando la vida real.

***

Participo al respetable público, y en la más completa reserva, que estoy escribiendo un drama trágico en tres actos y en prosa. Este suceso es de alta importancia para las letras castellanas. El primer acto será de muchísimo efecto: la escena pasa en un lecho conyugal. El segundo acto será también de bastante efecto.... y la escena pasa en un cuarto de baño. Pero confieso, con esta franqueza que sólo á mí perjudica, como decía Zola de la suya en *El naturalismo en el teatro*, que tengo miedo de que la cen-

sura condene el tercer acto de mi drama. La escena pasa en un salón de baile....

Allí, allí es donde se olvida lo que desvela á los críticos moralistas.... Aprendan vdes. de mí, caballeros, aprendan vdes. de mí, que la moral me importa poco.... y que muchísimo menos me importa la humanidad.

¡Valiente tontería es preocuparse por la moral del prójimo....

(México, 1895).

LA BUENA FAMA

DEMOSTRAR que estamos en plena época de *bombo*, * no me sería muy difícil; pero de seguro que mis lectores no lo necesitan, porque lo saben tan bien como yo. No deja de ser esto una gran ventaja para el que dice lo que piensa, sin preocuparle la opinión de una pléyade inmensa de gacetilleros, que se dedica á celebrar cuanto produce la imprenta. «No critique vd. á Pérez Valencia—me decía no hace mucho un amigo—mire vd. que tiene amigos en el Gobierno.» Y yo le dí una desazón á Pérez Valencia.... y tan contento. En la Habana me decían: «Dále vd. un palo á Villoch, mire que Villoch es muy vanidoso.» Y yo elogié su librejo

* Hago referencia en este artículo, á la facilidad con que nuestros críticos á la violeta celebran cuanto se produce; así como en el artículo *Roma* me refería al descontento que por lo general domina á los críticos de talento y erudición.

Por esos mundos.... y Villoch tan vanidoso y tan satisfecho. Nada, yo diré siempre lo que me salga del corazón, aunque digan que soy de la piel del diablo. ¡Es tan agradable censurar un libro y ver después al autor con cara de borrico!...

Eso sí, no todos los autores que desbarran, son por eso adoquines. Y la prueba la tienen ustedes en Pérez Valencia que, á pesar de sus *Reliquias* * y de sus versitos de *El Tiempo*, me cuentan los que tienen el alto honor de conocerle, que es un chico listo, con la palidez de un personaje de Dumas y los errores del creador insigne de *El Licenciado Vidriera*....

¿Qué ganaría Pérez Valencia, por ejemplo, con que le dijera yo que él es un Espronceda? Absolutamente nada: Oscar y María seguirían siendo siempre unos *cursilones*. Sin embargo, á Pérez Valencia le llaman sus aduladores «poeta de brillante inspiración,» y no se convencen los que le prodigan tales alabanzas del perjuicio inmenso que le hacen.

* Véase mi libro *Quisicosas*.

Lo he dicho en varias ocasiones y en este mismo periódico: si la crítica ha de ser falsa y si la inspiran pasiones invencibles, más vale que no haya tal crítica.

Muchos son los que celebran un libro sin haberle leído.—¡Claro, cómo no ha de ser buena esta novela, si es de Pérez Galdós!—piensan con *La de Bringas* al frente... y allá va un *bombo* sin más reflexión. Algo semejante á esto ha sucedido con un cuentecillo inverosímil de D. Juan Valera: *La buena fama.*

—¿No ha leído vd. *la gran novela* que ha escrito en Viena el autor de *Pepita Jiménez?*—me preguntaba un literato la otra noche.

—No.

—Pues léala vd.: es la mejor de todas las obras de Valera.

La verdad, me puse contentísimo. ¡Ya tendré algo bueno que leer! pensé, y con la mayor inocencia y la más sana intención, me dirigí á la librería *Española* en busca de *La buena fama.*

—¿Cuánto vale?—pregunté al dependiente cuando me enseñaba el librillo.

—Cincuenta pesos—murmuró sin atreverse á decírmelo muy alto....

Me llevé con aquella broma el gran susto; pero al rato se contentaba el dependiente con diez reales que era todo mi capital.

Huelga decir que devoré *La buena fama*. No comí aquella tarde, porque necesitaba concluir el libro cuanto antes; y cené, porque dando las ocho de la noche, concluía la última página de.... mis diez reales. *La buena fama* se me cayó de las manos apenas hube terminado de leerla.... ¡y dudé de que aquel cuento inverosímil fuera del autor de *Las ilusiones del Doctor Faustino!*....

***

Valera es uno de los escritores castellanos más notables. En *Pepita Jiménez* lo demostró hasta la evidencia, y lo siguió demostrando en otras de sus produc-

ciones, aun cuando éstas no llegaran á la altura indiscutible de aquella. Mucho se ha dicho, y con razón, que otra *Pepita Jiménez* no volverá á producir el Sr. Valera; pero en esta afirmación no se dice, ni siquiera se da á entender, que Valera marca ya una decadencia visible á la simple vista.

La buena fama es obra de un cerebro cansado. Sus páginas, correctísimas en cuanto á la Gramática, han sido trazadas por una pluma agobiada por los años, con una pluma que á ratos recobra impulsos que tuvo en otro tiempo, y que decae sin procurar erguirse.

Valera está á punto de ser una gloria pasada, aunque no muera físicamente, como le pasó á Zorrilla en los últimos años de su vida.

El argumento de *La buena fama* podrá ser una historieta que repite el vulgo andaluz; pero á mí me recuerda los cuentecillos inocentes que Anderssen escribe para los niños.... ¡Lástima que Valera, después de escribir una de las pri-

meras novelas españolas, se dedique hoy por hoy, á relatar los prodigios de un mago hechicero, olvidando por completo su libro sobre el *Nuevo arte de escribir novelas!....*

En *La buena fama*, hay descripciones bonitas, que recuerdan al Valera de antes; pero aun estas mismas descripciones pecan de muy breves, parecen más bien los retazos principales de una descripción hecha en mayores proporciones.

Y si he de señalar lo que me ha parecido mejor de todo el cuento, ya que he sacado sus muchos defectos, diré sin temor, que me gustan mucho los bríos con que empezó Valera su libro.

El final de *La buena fama* está bien escrito, pero no me llena como final de un cuento que prometía algo mejor en sus primeras páginas. Sí, desde la aparición del Dr. Teódulo empieza á decaer la pluma de Valera, y llega el lector á imaginarse que es la continuación de otra novela.

*
* *

Ya sé que los admiradores de *La buena fama* excomulgarán el presente articulejo, porque ellos comulgan con ruedas de molino; pero yo que vivo tan despreocupado del *qué dirán*, y que gozo tanto cuando me critican un artículo, no me arrepiento de haber dicho lo que dejo escrito en estas pocas cuartillas, del mismo modo que no me arrepentí, ni me arrepentiré, de todo lo que he criticado en esta vida. ¡Y miren ustedes que he dicho cada cosa!....

(México, 1895).

NOTA.—Fíjese el lector en que este artículo fué escrito antes de publicar Valera su *Juanita la Larga*.

RIPIOS

SEÑORES: estoy muy preocupado con esto del arte. Pero preocupadísimo. Juzgo que es cosa de gran trascendencia. Y cosa que impone mucha seriedad y circunspección. Veo, señores, con tanto disgusto como lo vería Heine, que la poesía retrocede á la época en que sólo era «el arte de pintar con imágenes.» Y veo también, señores, con disgusto extraordinario, que lo del decadentismo toma vuelos ¡oh desdicha! mucho mayores de lo que fuera conveniente al sentido común, que es el más raro de los sentidos.

Yo, señores, leo todo cuanto encuentro. Por esta circunstancia puedo aseguraros con entera convicción que.....

*
* *

Dejaré para luego el final del discursito que antecede á estas líneas. D. Gilberto Jaso—así ¡Jaso!—y D. Ruperto Aldana, caballeros muy estimables y muy decentes, pero muy malos escritores, han tenido la amabilidad de atravesárseme en la carrera de mi vida literaria—seamos *cursis*—y se impone á mi conciencia el deber de hacerles desde aquí, algunos cariñitos de amable compañero *en el estadio de la prensa* (no confundir, amigo lector).

Pues bien. Como en eso de «amable» no hay quien me gane, pondré al lector en antecedentes de quién es D. Gilberto y de quién es D. Ruperto.

Ante todo, son dos artistas de genio. D. Gilberto se dedica á la crítica literaria. D. Ruperto á la poesía. Dice aquel que no hay poeta que á su amigo Aldana pueda igualársele, y estoy cierto de que el amigo, agradecido, exclamará dominado por emoción profunda:

—Gilberto mío, quién como tú para juz-

gar con sano criterio de las obras que á luz da el prójimo.

El señor de Jaso se emociona otro poco, y exclama:

—¡Quién como tú, Ruperto mío, para tutear á las musas y rimar la idea que brota de tu cerebro privilegiado!

Y D. Ruperto y D. Gilberto lloran de alegría.....

Era preciso que esos genios hicieran cosa de provecho. Para ello D. Ruperto escribe un *monólogo* titulado *El Duende gris*—como pudo titularle *Los pétalos rojos*—y D. Gilberto, dándoselas de crítico imparcial y severo, hace la crítica del monólogo.

¿Maupassant? Un niño en plena lactancia á la vera de D. Ruperto.

¿Edgard Poe? ¡Bah! Una ave negra que brota de las tenebrosas tinieblas del cerebro, con ideas que de D. Ruperto desarrolla mejor y con más autoridad.

¿Paul Bourget? ¡Valiente calamidad si se le compara á D. Ruperto!

En fin, que para este crítico no hay nadie comparable á D. Ruperto.

«El monólogo—dice el Sr. Jaso—me parece y le parecerá á todo el que lo lea ú oiga representar, una *obra maestra* (!!!) en la que irradia la inspiración con todos sus esplendores.»

¡Atrocidad mayor no he leído en lo que tengo de vida! ¡Mire vd. que llamar OBRA MAESTRA á semejante cúmulo de disparates.....!

Veamos el monólogo.

***

Ante todo, es preciso poner en conocimiento del respetable público, lo difícil que para un actor sería representar *El duende gris.* Figúrense vdes. que para tarea semejante necesitaría el actor.....

Una mesa con libros.

Un caballete con un cuadro comenzado.

Un busto de yeso.

Una botella.

Una copa.

Una lámpara apagada.
Una pistola.
Un cráneo humano.
Una paleta, pinceles y colores.
Un lecho pobre.
Una lechuza domesticada.

Vino que al ponerlo en la copa brote una luz opaca.

La luz anterior que por arte de magia aparezca dentro del cráneo.

¡Y todo aquello que constituye el equipaje de un *Duende gris!*....

Después, la dificultad mayor consiste en que el actor, reclinado en un sillón, «procurará imitar con su fisonomía, voz trémula, marcha vacilante y manos temblorosas; el aspecto de un hombre agotado por los excesos báquicos.»

Esto, D. Ruperto, es imposible. Con la fisonomía no puede imitarse voz trémula, ni marcha vacilante, ni manos temblorosas....

Ahora comprendo yo, por qué el Sr. de Jaso vió irradiar en el monólogo del Sr.

de Aldana, la inspiración con todos sus esplendores.

Porque..... más inspiracion y más esplendor, no puede pedírsele á un caballero que tiene el mal gusto de llamarse D. Ruperto.

***

No creo que el Sr. Aldana tuviera la pretensión de creerse el más genial de los poetas hispano-americanos. Pero estoy seguro de que sí tiene la pretensión de creer que está en lo más alto del Parnaso, al igual de otros que no han producido cosa superior, aunque tampoco inferior á su *Duende gris.*

He leído versos muy malos en este mundo. He leído versos de Pérez Valencia; y también los he leído de Miguel Eduardo Pardo. No pondrá en duda el Sr. Jaso, que he leído cosas muy malas. Pues bién, Sr. Jaso, no he leído cosa más disparatada que el monólogo de su amigo D. Ruperto.

El fósforo es, para el poeta, un

"prodigio de la ciencia, la náyade que ahonda
las fuentes de lo ignoto."

El fósforo, para D. Ruperto,

"conjura el maléfico genio de las sombras."

Y por último, encarándose con el fósforo, exclama D. Ruperto:

"Y allá en el laberinto del cerebro,
Eres chispa del genio creadora."

El poeta, con arrobamianto, enciende la lámpara, y tras breve pausa exclama:

"Al fin me encuentro como soy, bañado
Por esa tenue claridad dudosa
Desgarrando la entraña de la Noche
¡Oh, sonrisa de Dios censoladora!
Más lobreguez, obscuridad más honda,
Oculta tu cristal que el *imponente salobre mar*."

El es así. Bañado por claridad dudosa..... pero muy dudosa.

La luz, claro, ¿cómo no ha de ser sonrisa de Dios consoladora?

Dios dijo cuando hizo el mundo:

—¡Hágase la luz!

Y acto continuo sonrió consolador. ¡La luz fué hecha!

¿Quiere el lector una muestra de sentido raro?

El poeta recomienda al actor que con entonación filosófica exclame:

"Microscópico mar, mar de la copa."

Y después de decir muchas atrocidades, viene un pasaje interesante: «penetra en la buhardilla una lechuza, apaga la luz, y revoloteando sobre ella, lanza un chillido y desaparece; óyese una carcajada burlona y seca:»

"Ave maldita; aborto de las ruinas,
Genio de las tinieblas pavorosas."

¡Señor Jaso! ¡Qué esplendor de lechuza! ¡Una lechuza desconocida! ¡Aborto de las ruinas!

"¡Que tú has visto á la virgen á quien amo!
¡Que se olvida de mí!.. ¡que me traiciona!

¡Ja, ja, ja!.. Duende gris, yo te desprecio!
Huye, cobarde, á tu guarida lóbrega,
No intentes mancillar la blanda nieve. . . ."

¿Quiere el lector frases hechas?

"Abrete, abismo, envuélveme en tus sombras."
". . . . . el turbión de mi destino"
"De mi edad juvenil todas las rosas"

¿Disparates imperdonables?

"Sombra revestida de la luz.. dime, quién eres?"

Rumor que brota del seno de la sombra. . . . y. . . .

"El alma excelsa *con la duda torva.*"

***

Antes de concluir diré, con toda sinceridad, que aún podría citar mil disparates más que resaltan en *El duende gris.*

En prueba de ello, va el último verso del monólogo que será el último que copie:

"Caí. . . . *las alas cándidas del alma*
El vicio mancilló; mas hoy radiosa

Se alza como la gota de rocío,
Que á los besos del sol *cándida flota*....”

Ya lo sabe el lector. El alma se alza como la gota de rocío....

No descanse D. Ruperto.

Puede *alzarse* con otro monólogo.... que le aseguro otra cariñosa acogida.

Soy capaz hasta de representarle, yo que jamás ejercí de actor.

Pero.... lo que es otro *palo* (literario por supuesto) eso.... eso es difícil que se lo perdone....

(México, 1896).

MANUEL DE LA CRUZ

I

Nació á la vida pública en época de paz, cuando los campos de batalla —por arte del Pacto del Zanjón—habíanse transformado en campos de caña; cuando la Metrópoli confiaba en la fidelidad de su Colonia; y cuando el pueblo cubano, sufriendo los quebrantos de diez años de lucha y heroísmo, perdida en la Revolución toda una juventud viril y decidida, entregábase á un grupo de prohombres que tuvo buen cuidado en gritar *¡Viva Cuba libre!* al oído del criollo, y *¡Viva España!* en sus campañas parlamentarias.

Manuel de la Cruz tenía un porvenir risueño entre los jefes del Partido Auto-

nomista; pero las aspiraciones de su noble corazón, le separaron bien pronto de los que ansiaban un gobierno propio bajo la bandera española. Estrechó los lazos de amistad que le unían á Sanguily, Roa, Collazo y Aguirre, y desencantado con los primeros fracasos de su tarea en el campo de la novela, dedicó su brillante pluma á recordar las grandezas de los mártires y los héroes de la pasada guerra. No perteneció él á la valiente pléyade que luchó en el campo por la Libertad de la Patria: cuando los Generales Agramonte, García, Gómez, Maceo, Moncada, Crombet y otros no menos ilustres daban pruebas de abnegación en la parte central y oriental de la Isla, era aún demasiado joven el entusiasta admirador de nuestras glorias. Pero Manuel de la Cruz vivió siempre en el espíritu de los libertadores, y su gran talento supo adherirse hasta la más leve impresión que conserva el que ha peleado en mil batallas.

De ahí, que al aparecer en la vida lite-

raria de Cuba en época tan desoladora y triste, el estilo de sus obras y su razonamiento, respondían á un espíritu general de cosas pasadas, y no á la indolencia que se había apoderado del país.

Falto de elementos para emprender la propaganda revolucionaria, sin fe en los que conspiraban desde el extranjero, consagróse á reunir datos para levantar un monumento literario á los que dieron su sangre y su vida por la regeneración de la Patria aún esclava. El resultado de tan meritorios esfuerzos lo es en parte su libro *Episodios de la Revolución.*

II

Era aquel libro un llamamiento al pueblo cubano, en que parecía decirle, más ó menos, que si necesitaba reponerse aún de los desastres que le ocasionara la guerra para lanzarse nuevamente al sacrificio y á la pelea, no era justo por eso que olvidara á los que sostuvieron con el machete y el fusil la idea separatista.

Cuba respondió al llamamiento con el entusiasmo apetecido. Agotáronse algunos miles de ejemplares de los *Episodios*, y celebróse como merecía el trabajo realizado por el joven escritor. Desde aquella época, el hijo del país ensalzaba en alta voz á los valientes soldados de su Libertad, sin que pudiera impedirlo el gobierno opresor.

Poseía Manuel de la Cruz una pluma exquisita, no por eso exenta de defectos. Provenían éstos, más que de otra cosa, de su gran imaginación. Pero su literatura jamás fué rutinaria, y la adornaban vuelos de un sano ingenio. Era un poeta, más cerca de Víctor Hugo que de Lamartine. Su argumentación sólida, inquebrantable en el ataque, traía mil veces á la mente el recuerdo del Zola de *Mis odios*.

La parte descriptiva de los *Episodios de la Revolución*, jamás peca de cansada. Suele ser pintoresca y vibrante, despierta insaciable curiosidad; nunca produce sueño.

Los hechos que cuenta, son rigurosamente exactos. A veces los ha comprobado con documentos infalibles, ó con testigos que sobrevivieron á la victoria ó á la derrota. Cuando terminó los *Episodios*, dió principio á una obra más grande aún y más concienzuda. Titulábase *Agramonte*. Conozco el libro, porque muchas veces me leyó su autor capítulos enteros. La vida del General Ignacio Agramonte (quemado por los tiranos en el Panteón del Camagüey, porque todavía temían que se levantara su cadáver), era la principal tarea de Manuel de la Cruz, y con tal motivo realiza un viaje á Puerto Príncipe, en donde encuentra veteranos que conocieron al inolvidable jefe.

Mientras Manuel de la Cruz se imponía en Cuba la obligación de hacer la Odisea del mártir del Chorrillo, Martí trabajaba en el extranjero y tenía ya constituida la Junta Revolucionaria en Nueva York, daba *meetings* en Tampa y Cayo Hueso, y colectaba fondos para el levantamiento. En la Isla, aquella lucha por la Li-

bertad era un imposible, y en la apariencia, las faenas de Martí pasaban inadvertidas.

Recuerdo perfectamente la tarde en que salía Cruz de la Habana en un pequeño vapor del Conde de la Montera, y recuerdo que después me refirió el mismo Cruz que la casualidad le había llevado al Camagüey junto con Benjamín Guerra, Tesorero del Partido Revolucionario Cubano de Nueva York, y así conoció el separatista ferviente, por boca del mismo Sr. Guerra, la obra de Martí, naciendo aquel día en el corazón de Manuel de la Cruz una esperanza nueva. ¿Por qué aquellos hombres no habrían de reunir combustible bastante para encender en Cuba la santa hoguera de la Revolución?

El Partido Revolucionario no tenía aún ningún acuerdo tomado. Hizo las bases en que fundaba su propaganda, nombró su jefe á uno de los cubanos más eminentes; pero en concreto, no había más que patriotismo sin ejemplo, culto inva-

riable por la formación de la Patria independiente, y el consuelo de ver, á través de los proyectos de Martí, la estrella solitaria flotando en el pabellón del Morro.

III

Atacado Cruz de una grave afeeción al hígado, suspendió por algún tiempo sus tareas de publicista: el libro *Agramonte*, que era el sueño del literato y del patriota, requería mucha calma. Cuando pudo continuar la obra, adquirió, no sé si directa ó indirectamente, algunas páginas del *Diario* del General Máximo Gómez, referentes al ídolo del pueblo camagüeyano, páginas escritas con la espada, rebosando sinceridad y amor á Cuba, admiración por Agramonte y fe en el patriotismo del cubano. Refiere el General Gómez en esas páginas, la opinión que le merecía Agramonte, la honda pena que le causó su muerte, y sobre todo, lo que deploraba no haberle podido conocer. El

General Ignacio Agramonte murió en vísperas de abrazar á su compañero de heroísmo.

Formaban este y otros documentos no menos preciosos, el apéndice del libro *Agramonte*. Manuel de la Cruz, considerándolos de un valor inapreciable, no quería variar una letra sola del original, conservándose intacta la espontaneidad que distingue al General Gómez.

Durante esta prolija tarea, el autor de los *Episodios*, coleccionó una serie de artículos literarios que aparecieron indistintamente en *El Fígaro* y *La Habana Elegante*, titulados: *Cromitos Cubanos*, bocetos de nuestros más distinguidos literatos y oradores políticos: Varona, Valdivia, Meza, Casal, Tejera y otros: Portuondo, Montoro, Zambrana, Figueroa, etc.

IV

Manuel de la Cruz se declaró en *Cromitos Cubanos* un opositor temible del Partido Autonomista, considerándolo como

Partido cubano—que no lo era ciertamente. Hay en el libro bellezas innegables, así como inexactitudes, en mi sentir poco importantes. La prosa amena y correctísima que campea en todos los capítulos, contribuyó indudablemente á su mérito. La novedad de la obra consistió en la aparición de un crítico valiente, sagaz, erudito, y sobre todo, muy cubano. Inflexible cuando censura el error, cariñoso cuando celebra el mérito, Cruz escribió los *Cromitos Cubanos* con toda la honradez que le caracterizaba, y ni escatima el elogio ni lo prodiga sin motivo.

Admirable haciendo la silueta de Sanguily, el brioso estilista de las *Hojas Literarias*, no lo es menos descargando la sutil finura de su escalpelo en la personalidad eminente de Portuondo. Fué Portuondo el representante *obligado* del Partido Autonomista en las Cortes españolas. Surge más tarde con los esplendores de una estrella de primera magnitud, el elocuentísimo Rafael Montoro, el más notable de nuestros oradores, y metido en cuer-

po y alma en la Junta Central Autonomista, la lleva y la trae, la maneja á su capricho imprimiéndole cada día el sello español que empezaba á ganarle la odiosidad del verdadero cubano.

Pero estoy cierto de que Manuel de la Cruz escribió con más entusiasmo el boceto de Antonio Zambrana, personaje ilustre de nuestra tribuna, y Judío Errante de la América Latina y de la política cubana. Zambrana debe los primeros lauros de su oratoria, á los discursos que pronunció en el campo insurrecto durante la guerra del 68. Lleno de vida, artista privilegiado de la elocuencia y amante de la Libertad, Zambrana fué uno de los hombres más distinguidos de la Revolución. Obscurecido un tanto por la facilidad con que variaba de opiniones dentro del mismo campo insurrecto, se aleja de Cuba y permanece ausente varios años, regresando á la Patria, mucho después de la capitulación del 78. Zambrana regresó con menos aspiraciones; el bravo de las cámaras insurrectas se convier-

te en almibarado autonomista y funda su periódico *El Cubano,* título que sólo correspondía al periódico que defendiera con valor la independencia del país, y no al periódico que nacía con el objeto de convertir en Diputado á Cortes á todo un Diputado á la Cámara Insurrecta. El autor de los *Cromitos Cubanos* no se apiadó un solo instante del Sr. Zambrana, y con todos estos datos que ligeramente he bosquejado, la figura del orador aparece tan grande y tan opaca como ha sido y como es.

Cromitos Cubanos—libro muy discutido en la Habana—prueba evidentemente que Cruz poseía un gran talento, que su pluma, su fibra y su gran corazón le sacarían adelante en poco tiempo.

En aquellos momentos, Cuba necesitaba hombres de ese calibre. Ya se acercaba el momento en que la guerra tenía que estallar respondiendo á una necesidad. Era imprescindible que el pueblo viera que las colonias deben luchar siempre por su independencia, y también era de

absoluta importancia fijarse en lo inútil de la política autonomista. Ya Montoro y Govín, daban á entender claramente en las columnas de *El País*, que cuando á un pueblo se le oprime, tiene que lanzarse á la insurrección.

Poco después de publicar Manuel de la Cruz los *Cromitos Cubanos*, el país se preparaba insensiblemente á la guerra. Hubo escaramuzas de poca importancia aparente, los Sartorius se movían sin resultado en Oriente, y el General Gómez, Martí y los Maceo á nadie se le ocultaba que tramaban un golpe de gravedad para la Metrópoli.

V

El libro *Agramonte* quedó inédito. La precipitación inesperada de los acontecimientos, impidió á Manuel de la Cruz publicarlo. Sus tareas literarias fueron entre tanto de poca etxensión. Algunos años antes había publicado un estudio titulado *Reseña Histórica del movimiento literario en*

Cuba (1790-1890) y un folleto que dió á luz en Cayo Hueso con el título de *Tres caracteres* y bajo el pseudónimo de *Isaías*.

La propaganda revolucionaria de Martí, empieza á surtir sus efectos en Cuba, y aprisiona cuidadosamente entre sus alas á los que más valían para el caso. Enrique Collazo y José María Aguirre, desde las columnas de un periódico separatista, lanzan al pueblo, en más de un artículo, las pruebas de que la guerra es inevitable. Juan Gualberto Gómez y Manuel de la Cruz forman parte, más tarde, del grupo que con actividad preparaba el levantamiento general de la Isla.

A fines del 94, mientras Aguirre, á nombre de José Martí, trata dicho levantamiento con los camagüeyanos, y Juan Gualberto Gómez conspira en Matanzas, Manuel de la Cruz hace una hermosa excursión por Cienfuegos y Santiago de Cuba con igual objeto. Recuerdo que me contó detalles de las principales entrevistas que celebró con los jefes revolucionarios de Oriente.

Al General Massó lo describía viejo, de barba blanca, serio, de aspecto duro, inquebrantable en sus ideas, reservado y metódico en sus ofrecimientos.

Pero lo que causó más honda impresión en el espíritu delicadísimo de Cruz, fué su entrevista con el General Moncada (conocido por *Guillermón*) hombre de atlética figura, que moría dos meses más tarde víctima de una tisis traicionera y violenta.

La Revolución estalla el 24 de Febrero de 1895. A poco, Manuel de la Cruz emigra de la Patria, para dedicar toda su actividad y todo su talento, á la causa de nuestra Emancipación.

VI

La tarea revolucionaria de Manuel de la Cruz en el extranjero tuvo su principio en Cayo Hueso y Tampa. Nombrado más tarde director del periódico *Patria* y Secretario de D. Tomás Estrada Palma, Delegado del Partido, se radicó definiti-

vamente en Nueva York. Con el cargo de director de *Patria* estuvo poco tiempo, ocupándolo después el notable filósofo Enrique José Varona.

Su constitución delicada, no pudo resistir el clima de su nueva residencia.

El día 19 de Febrero del presente año, murió casi repentinamente, sin logrársele celebrar el primer aniversario del pronunciamiento de Baire. He aquí cómo da cuenta de su muerte en un suplemento, el valiente periódico de Trujillo *El Porvenir:*

«Tuvimos la desgracia de saber la fatal nueva pocos momentos después de su muerte inesperada, en la misma casa mortuoria, á donde íbamos en busca de un trabajo sobre Juan Gualberto Gómez para nuestro *Album de El Porvenir*, que nos había ofrecido para ese día, y al no verle, como de costumbre, en la oficina de la Delegación Cubana, y urgiéndonos el trabajo citado, nos dispusimos á buscarle. Ha sido, sin duda alguna, lo último que para el público escribiera Manuel de la

Cruz. Pocas líneas son por cierto, en dos cuartillas de papel—no había completado el trabajo—que encontramos, después de muerto, en el bolsillo de su levita; pero ellas revelan la simpatía y cariño que sentía por su desgraciado compañero y amigo Juan Gualberto.

. . . . . .

. . . . . .

El día 17, indispuesto, sintió ese cuerpo endeble, y sin mucho vigor físico, una temperatura de 7 grados bajo 0, del termómetro Fareinheit, que sin duda fué su sentencia de muerte. Por la Patria ha muerto.»

La pérdida irreparable de Manuel de la Cruz me causó una terrible impresión. Lo creía algo repuesto de sus males, y tuve la esperanza de que los fríos de Nueva York le dieran la salud que le hacía falta.

Una tarde, en Madrid, pasaba yo por delante del salón del *Heraldo*, en donde se exhibe la prensa separatista. Ocurrióseme entrar, para ver si encontraba noti-

cias de origen cubano, y al acercarme á una tabla en donde había muchos periódicos, necesité de un esfuerzo supremo para contener mi sorpresa y mi dolor. El suplemento de *El Porvenir*, enlutado, con el retrato de Cruz en el centro, fué lo primero que ví.

Murió Cruz, como mueren los que dejan un nombre á la posteridad: luchando por sus ideales.

Su obra literaria, permanece en parte inédita. Después de publicar un folleto titulado *La Revolución Cubana y la raza de color,* trabajo en que demuestra sus convicciones, su patriotismo sin límites y su fe en la Revolución, preparaba un libro referente al primer año de la actual campaña.

Cuando Cuba—lograda ya su independencia—se consagre á inmortalizar á los que ayudaron á arrancarla del tirano, el libro *Agramonte* será publicado, para admiración de todos los hijos de la Gran Antilla.

Murió Cruz en las vísperas del triunfo.

Cuando espiró, tenía ya el convencimiento de que la Revolución era una victoria consumada....

LA VENIDA DEL GENERAL

(COMEDIA MADRILEÑA EN DOS ACTOS Y EN PROSA)

PERSONAJES: El General SALCEDO.—D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.—El Sr. CASTELLANO, Ministro de Ultramar.—EL DUQUE DE TETUÁN, y el General MARTÍNEZ CAMPOS que aparece en el segundo acto con el Sr. MORLESIN.

ACTO I

La escena representa el despacho particular del Sr. Cánovas del Castillo: varios estantes con libros, un sofá, seis sillas verdes, un sillón y un escritorio atestado de papeles manuscritos, periódicos, etc. Cuando se levanta el telón, D. Antonio aparece en escena, sentado delante de su bufete, revolviendo papeles, y alternando esta fácil tarea con otra más fácil aún: la de rascarse la oreja izquierda y la punta de la nariz. Pasados algunos momentos, D. Antonio, con un movimiento brusco, se da un golpe en la cabeza y exclama:—*¡Oh Macbeth!*—lo que no debe sorprender á nadie, pues sabido tenemos ya lo muy erudito que es Cánovas. Otro intervalo de tiempo en el cual reina profundo silencio.

D. ANTONIO *(suspirando)*.—¿Por qué acudes á mi mente, drama inmortal? *¡Macbeth!* Producto grandioso de una

grandiosa fantasía.... ¡Valeroso guerrero, noble caudillo!... *(al decir «noble caudillo,» se presenta, en una de las puertas laterales, el General Salcedo que tiene confianza harta con D. Antonio).*

EL GENERAL SALCEDO.—*(Viste levita cruzada y sombrero de copa; al aparecer se lo quita, y dando golpecitos con él en su hercúlea rodilla, exclama):*—¡Gracias, D. Antonio! Muchas gracias; noble caudillo fuí, noble caudillo soy.... ¡noble caudillo seré!

D. ANTONIO *(sonriendo y ocultando prolijamente entre los párpados el más bizco de sus ojos):*—Lo sé, querido General, lo sé. Me agrada mucho vuestro amor al campo de batalla, admiro las hazañas con que aterrásteis al cobarde Maceo.... Sí, querido General, sois un valiente y os quiero mucho....

EL GENERAL SALCEDO.—Siempre supe que el Presidente del Consejo de Ministros era uno de mis más entusiastas adictos. Además, sé también que habéis leído mis *Cuentos Militares*....

D. ANTONIO *(contrariadísimo)*.—No, general, eso sí que no lo he podido hacer. He leído vuestras hazañas, y repito que las admiro.... ¡Vuestros *Cuentos* los detesto!....

EL GENERAL SALCEDO (disimulando).—¿Y qué hay de nuevo? ¿Cómo va la guerra? ¿Qué noticias se han recibido?

D. ANTONIO.—Las mejores. Maceo, prisionero en Matanzas; Máximo Gómez, prisionero en Pinar del Río; Quintín Banderas, presentado en Sagua; Lacret y Roloff con viruelas, y el Marqués de Santa Lucía, Massó y Zayas invernando en Nueva York....

(El general oye esta relación con sorpresa verdadera).

EL GENERAL SALCEDO.—Entonces ya no hay guerra en Cuba?

D. ANTONIO.—Así es, así es. Pero aun quedan en la manigua alguno que otro bandolero. *(Al oído, muy quedo)*. En el último encuentro nos han matado 20 capitanes, 15 tenientes, 78 soldados....

EL GENERAL SALCEDO (irritadísimo gol-

peando el suelo con uno de sus desarrollados piés).—¿Qué me dice vd? ¿Qué significa eso? ¿Es acaso que nos han derrotado?

D. ANTONIO.—Eso.... ¡jamás! El honor de la Nación impone á sus soldados el vencer siempre, y siempre vencen... Nosotros todos, todos los que tenemos sangre española, daremos hasta la última peseta, y el último hombre, todo.... todo.... menos perder la perla de nuestras colonias. Por eso el ilustre banquero que rige los destinos de Ultramar.... (se presentan los Sres. Castellano y Duque de Tetuán, y al presentarse exclaman):

—¡Ilustres varones, aquí nos tenéis, aquí venimos á cantar las glorias de nuestro ejército!

D. ANTONIO (con ansiedad).—¿Sabéis algo nuevo?

EL SR. CASTELLANO.—¡Sí! El general Echagüe vencedor en Tunas. Figuráos que pasando distraídamente por aquel lugar, encontróse con José Maceo, y ordenando una carga á la bayoneta, los dis-

persó rápidamente. Entonces... oíd (saca un papel y lee): «Insurgentes huyeron cobardemente y general Echagüe salió en su persecución. Cuatro horas más tarde, Echagüe entraba en poblado Tunas, y Maceo, llegando á las dos horas, acampó á un cuarto de milla del pueblo. Maceo tiene cara de perro de presa.—*Martínez Campos.*»

El General Salcedo (poniéndose en pie).—Señores: *(discursito)* la campaña va admirablemente, y de ello me felicito al felicitaros. Retumba en los ámbitos del planeta nuestro valiente cañón; ondea en nuestro Morro, nuestra gallarda bandera, ahogamos, trituramos, derrotamos, anonadamos y dispersamos á esos grandes bribones que nos combaten.... pero, señores, seamos francos; la campaña se pierde, si seguimos por tal camino, y con estas victorias, iremos de cabeza á la ruina.... No sería difícil perder....

Cánovas, Tetuán y Castellano.—¿Perder la Isla? ¡Insensato general!....

¡Eso, jamás! En todo caso.... la abandonaremos.

EL GENERAL SALCEDO.—Es preciso que el General Martínez Campos se presente aquí inmediatamente, que deje el puesto al ilustre Weyler, y que decline las glorias de su pasado....

(Los Ministros permanecen silenciosos largo rato).

D. ANTONIO.—Dejadme un instante, que necesito meditar el asunto....

(Los personajes salen por la misma puerta que entraron, y dejan sumido en meditaciones al Sr. Cánovas).

EL GENERAL SALCEDO *(desde dentro, alejándose)*.—Tetuán, aunque vd. no entiende de eso ni de nada, sépalo bien: me he vuelto filósofo, y tan filósofo que anoche charlaba de la situación con mi ayudante y.... qué no le diría que á media noche, le oí cantar esta copla:

Un general que se viene,
Un general que se va,
Y nosotros ya no iremos
Y no volveremos más.

(Cae el telón).

ACTO II

La escena tiene lugar, como en el Acto I, en el despacho de Cánovas. Al levantarse el telón, D. Antonio, dirigiéndose á los generales Martínez Campos y Salcedo, y á los Señores Duque de Tetuán, Castellano y Linares Rivas, les dice:

—Sentáos, *filisteos.*

(Tetuán se sorprende de la broma de D. Antonio; Linares Rivas bosteza, Castellano suspira y los generales se irritan silenciosamente).

D. ANTONIO (dirigiéndose á Martínez Campos).—Estamos en reunión de familia —como quien dice—y aunque pensaba leeros mi novela *La Campana de Huesca*....

TODOS (poniéndose en pie).—Eso, nunca!....

D. ANTONIO.—No os asustéis. Trataremos de Cuba, que es la novela que á todos nos preocupa hondamente. Y *(toca un timbre)* en este asunto son los generales los que deben hablar.... *(se presenta un criado, y D. Antonio se dirige á él):* Llame vd. á Morlesín....

EL GENERAL SALCEDO.—A mí, señores, sólo me resta deciros que soy el autor de los *Cuentos Militares*....

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS.—Eso, señores, debe tenernos muy sin cuidado. La presencia de una calamidad *(en eso entra Morlesín, y se coloca entre Tetuán y Castellano, dándose por aludido de las palabras del General)*, pero de una calamidad que no tiene ejemplo en la historia, *(Morlesín se asusta mucho)* ha dado al traste con la campaña de Cuba.... Señores, vosotros no sabéis á qué calamidad me refiero? ¡Ah, vosotros no sois francos! Estamos en reunión de amigos, y la verdad puede decirse. Me refiero con tanta dureza en el calificativo, á la situación económica *(Morlesín respira)* y los gobernantes del país debían haberlo previsto desde hace tiempo, concediendo las reformas de Maura....

EL DUQUE DE TETUÁN (interrumpiendo).—¡General, creo.... (Morlesín le mete su pañuelo en la boca al Sr. Tetuán).

D. ANTONIO (agradecido, estrechando

la mano de Morlesín). ¡Oh, previsor amigo!....

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS.—Debéis saber, señores, que los insurrectos son valientes, aguerridos y nobles.... sobre todo (Salcedo haciendo una cortesía á los concurrentes, tiene á bien retirarse, y mientras se aleja, va diciendo á un amigo que encuentra en el pasillo: «Porque vd. sabrá que soy el autor de los *Cuentos mili*....)..... y yo, el soldado del Zanjón, el de Marruecos y el de Peralejo, os aseguro que á veces me han conmovido sus acciones. Oíd la relación que me hace un coronel subordinado mío, al escribirme sus percances en Oriente:

Querido General en Jefe:

El 20 salimos de Manzanillo. Me dijeron los espías:—Hacia el Norte, fuerzas de Amador Guerra....

Y yo, como es nuestra sabia táctica, dije:

—Vamos hacia el Sur: los *coparemos*.

Pero, nuestros prácticos suelen ser muy

mambises, y he aquí que á poco, tiros en las avanzadas:

—¡Alto! ¡Quién va!

Y con fogonazos de Mausser escribieron en el cielo:

—*Los valientes de Amador Guerra*....

¡Habíamos resultado nosotros los *copados*, general!

Yo grité:

—¡Sálvese quien pueda!

Y nuestros valientes soldados, huyeron dando cargas á la bayoneta y muriendo todos en el campo.

Corrí hasta salvarme.

Entonces me ví solo, y anduve toda la noche por el campo, sin comida y sin caballo.

A la madrugada, encontré á un guerrillero moribundo que, arrastrándose por los montes, me siguió.

—Coronel—me dijo—yo muero, y quiero darle antes un consejo. Aquí todos son *mambises*, y si se encuentra vd. gente, hágase el *mambí*. Cuidadito con hablar, mi

coronel; á los españoles nos conocen aquí por la pronunciación.

El guerrillero espiró, y tuve á bien darle sepultura.

—¡Tal vez le debo la vida!—pensé.

Continuaba yo mi peregrinación.—¡Horror!—exclamo—¡un cadáver!—Y era el cadáver de Chucho Plato, jefe insurrecto asesinado por sus fuerzas. Teniendo miedo de encontrarme alguna partida insurrecta, acto contínuo tramé un ingenioso plan: me puse el traje de Chucho, su sombrero y sus zapatos. Cogí el *nombramiento* que tenía en el bolsillo, y con nuevos bríos seguí la caminata.

Diviso á lo lejos un *rancho*. Me acerco. ¿Quiénes lo habitan?—¡Oh, alegría, si son mujeres!

Entro en *el batey del rancho*.

—¿Quién va?—pregunta una vieja mascando tabaco.

—Soy yo....—dije, y acordándome del consejo del guerrillero, enmudecí. ¡Podía haber cerca algún insurrecto!

—¿Pero es vd. de los insurrectos?

Dije que sí con la cabeza.

—¡Pobrecito!—exclamó una guapa moza apareciendo en escena;—vendrá muerto de cansancio.... ¿Quiere vd. algo de comer?

Volví á decir que sí inclinando mi fatigado cuerpo.

—Dormirá,—dijo la vieja—comerá y descansará. Entre vd. La fatiga no lo deja hablar. ¡Pobrecito!

Comí como una fiera. Pero ¡ay! no pude dormir....

Mas, repuesto ya, cavilaba en el medio de substraerme á aquellos salvajes.

—Mire vd.—me decía la muchacha—ahora podrá vd. unirse á ellos. Amador Guerra debe pasar por aquí hoy, al anochecer.

¡Dios mío! ¡Qué miedo! Amador pasando por aquí.... ¿Y yo qué hago?

En fin. Esperar. Algo gordo sucederá y no veo imposible mi salvación.

Durante largo rato, permanecimos en silencio. Es decir, yo no había pronunciado palabra.... ¡El guerrillero moribun-

do no se apartaba de mi vista!.... La campesina, conmovida, empezó á hacerme la siguiente historia:

—Imagínese vd., que yo tenía mi novio, cosa no muy rara en este país, y mi novio se quiso ir á la Revolución, cosa tampoco rara en este patriótico suelo. Mis llantos, mis súplicas.... nada pudo contenerlo y.... se fué! Creo que está ahora con las fuerzas del coronel Amador Guerra: aquí lo espero.

Una pausa.

—¡Ah! vd. puede que lo conozca! ¿De qué fuerza es vd?

Me hice el distraído.

—Dios mío—murmuró—este hombre es mudo. ¿Es vd. de las fuerzas de Massó?

Negué con la cabeza.

—¿De José Maceo?

No podía negarme á contestar, y una sílaba no había de comprometerme.

—Sí—afirmé con todo descaro.

—¿Y conoce vd. á mi novio?

—No.

—¿Y cómo se llama vd?

—No sé— respondí—digo, si sé.

—Pero....

—Me llamo.... ¡Chucho Plato!

La moza se desmayó. ¡Era su novio el cabecilla muerto! Acudieron las viejas y se presentaron cuatro insurrectos.

—Este hombre es un espía—dijo uno con voz de cañón—*¡amárrenle!*

Al registrarme, encontraron el nombramiento.

—El—dijo alguien—ha asesinado á Chuchito....

Y en aquellos momentos llegaban las avanzadas de una fuerza.

—¿Quiénes son?—preguntó uno.

—Los del General José Maceo—respondieron del pelotón.

Poco tardó en llegar la fuerza toda, y cuando hubo acampado, me llevaron á presencia de Maceo.

El interrogatorio fué así:

MACEO.—¿Quién es usted?

YO.—El coronel X.

MACEO.—¿Por qué trae vd. el despacho

de un jefe insurrecto que se llama Chucho Plato?

Casi llorando referí el hecho. Entonces Maceo pronunció este breve discurso:

—Soldados: Chucho Plato fué herido en el campo de batalla, y murió solitario en la montaña. Lo sé porque lo ví herido, y le dí licencia para que se fuera al monte, porque tal era su deseo, y porque jamás creí que su herida fuera tan grave. Este coronel enemigo, lo encontró momentos antes de llegar los que tenían orden de enterrarle.... ¡Soldados! seamos humanitarios, y pongamos á este *héroe (yo me puse coloradísimo)* en donde estén los suyos.

—¿Así es qué no me colgaréis?—pregunté tímidamente.

—No—dijo el titulado general—lo pondré á vd. en libertad.

Creí conveniente hablarle con respeto y le pregunté:

—¿Ordena *Usía* alguna cosa?

—¡Que se marche vd. lo más pronto!—respondió Maceo.

Cuatro oficiales muy finos y atentos me pusieron en Jiguaní....

Soy de vd., querido general, etc., etc.

(Termina la lectura).

¿Lo veis, señores? Los insurrectos no son asesinos, ni bandidos....

DUQUE DE TETUÁN: (mirando temeroso á Morlesín). Estoy conmovido.

LOS DEMÁS.—¡Estamos conmovidos!

D. ANTONIO.—Señores: es hora de concluir la sesión familiar.

(Todos se disponen á salir).

CASTELLANO.—La venida del general ha sido conveniente, porque se ha vuelto algo *mambí*.... (Le da golpecitos en el hombro al general).

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS (al disponerse á salir, toma del bufete un ejemplar de *Macbeth*, y lee:)

".....memorias olvidadas
Trabajan en mi mente. Caballeros
Vuestra bondad registro en ese libro
Cuyas hojas repaso cada día.
A saludar al rey luego partamos."

(Todos salen).

EL DUQUE DE TETUÁN (alejándose, y plagiando al ayudante del General Salcedo):

Este general se vino,
El otro general se fué,
Y entre tanto nosotros
Creo que si se pierde á Cuba la pasaremos
muy mal, muy mal.

(Como Tetuán no es poeta, el último verso le quedó algo larguito).

D. ANTONIO (se queda solo, y repantigándose en el sofá, exclama con vehemencia): Los derrotaremos, los aniquilaremos, los confundiremos, los dispersaremos, los arrollaremos, los pulverizaremos, los enterraremos....

TELÓN RÁPIDO.

(Madrid, 1896).

LA DAMA DEL MAR

(Drama de Henrik Ibsen)

I

Ellida, hija del jefe de un faro próximo á Skjoldviken, tuvo amores con el segundo piloto de un barco americano que arribó á las costas noruegas con objeto de reparar averías que le ocasionara un mal tiempo. El novio de Ellida es un personaje misterioso, no bien definido por el autor, y cuyo paso por el drama es el paso de un fantasma. Una tarde asesina al capitán del barco, y en los momentos de huir, le dice á su prometida:

—He matado, y al matar realizo un acto justo: los motivos no puedo referírtelos. Necesito ponerme en salvo inmediatamente.

Entonces saca del bolsillo un anillo, se

quita del dedo una sortija que tiene costumbre de usar; luego saca del dedo de Ellida otra sortija, y metiéndolas en el anillo, las arroja diciendo que los dos amantes «debían casarse con el mar» y que volverá por su adorada Ellida.

El piloto ejerce sobre Ellida una influencia extraordinaria. Ella misma confiesa que en su presencia perdía la voluntad, y que le parecía estar «bajo el peso de un destino.»

A poco de ausentarse el piloto, Ellida recibe una carta que le dirige desde Arkángel. La novia contesta al momento que todo ha concluido entre ellos, y que no debe pensar más en poseerla.

El piloto contesta sin hacer caso de la carta de Ellida, y asegura una vez más, que volverá por ella en cuanto le sea posible.

Entre tanto, Ellida conserva costumbres muy raras, hace visitas frecuentes al faro en donde está su padre, y deléitase en la contemplación del mar, ese mar inmenso que la atrae.

Algún tiempo más tarde, el médico de un pueblo cercano—el Dr. Wangel—propone á Ellida que comparta con él su felicidad y su fortuna, y ella responde con toda sinceridad que su corazón ha pertenecido á otro hombre. Wangel no hace caso de aquel *detalle*. Y Ellida concluye por aceptarle como esposo.

Era Wangel bastante mayor que su esposa, y además, viudo y con dos hijas llamadas Hilde y Bolette.

Ellida vivía aparentemente dichosa con su marido. Y un año después de celebrarse la boda, da á luz un niño que apenas vive seis meses.

La felicidad de Ellida empezó á turbarse cuando estaba en cinta, reapareciendo en su mente el recuerdo del piloto. El niño, después, la hizo verdaderamente desgraciada: sus ojos le recordaban con terror, los ojos del piloto.

Muerto el hijo de Ellida, los esposos no reanudaron su vida marital, y parecían, más que marido y mujer, dos amigos que se querían desinteresadamente.

Wangel, adora en su esposa, y sufre con la separación de Ellida. Al fin, nota que una tristeza profunda la domina, hasta el grado de enfermarla.

El doctor, que no encuentra el medio de curar á Ellida, apela á todos los recursos, concluyendo por escribir á su amigo Arnholm, para que pase unos días en su casa. Cuando Arnholm llega, le dice:

—Ellida no está precisamente enferma, pero desde algún tiempo anda muy nerviosa. Su padecimiento, por lo demás, es intermitente. No puedo á punto fijo decir lo que tiene, pero veo que su goce mayor es el baño. «El mar, forma parte de su sér, por decirlo así.» Vd. la debió conocer en Skjoldviken hace mucho tiempo....

—Efectivamente — responde Arnholm —la conocí cuando iba al faro á ver á su padre.

—Su estancia en el faro— añade Wangel—ha dejado en ella huellas indelebles. Sus costumbres aquí nadie las comprende, y le llaman *la dama del mar*..... Cuando le escribí á vd., me animó la idea

de que le hablara vd. del pasado, amigo Arnholm, porque indudablemente le hará mucho bien.

Arnholm había sido aspirante á la mano de Ellida, pero ésta jamás le aceptó sino como amigo leal. Al hablarse nuevamente, después de tantos años, evocan sus recuerdos, y ella, convirtiendo á Arnholm en su confidente, le dice que Wangel no había sido el predilecto de su corazón, porque había sentido un amor más fuerte.

Existe en el pueblo un joven llamado Lyngstrand que, después de ser marino, se dedica á la escultura. Este joven ama á Bolette, la mayor de las hijas de Wangel; pero como está sumamente enfermo y necesita marcharse para continuar su carrera artística, no contrae otro compromiso con ella que el de pensar siempre el uno en el otro. Bolette, al acceder á los ruegos de Lyngstrand, parece movida por un sentimiento de lástima.

Una tarde, Lyngstrand refiere, en presencia de Ellida, la historia de su exis-

tencia, y al llegar á la parte más interesante de su vida de mar, dice:

—El segundo de á bordo era un americano misterioso que me llamó mucho la atención. Una tarde se alzó tempestad, y mientras todos subían al puente, el segundo, que se había lastimado un pie, leía tranquilamente un periódico noruego que le pidió al capitán. De pronto profiere un grito y desgarra el periódico haciéndolo mil pedazos. Luego, como si hablase á sí mismo, exclama: «se ha casado.... con otro mientras yo estaba ausente.» Más tarde dijo: «Pero es mía, y mía será. Y habrá de seguirme, aunque yo tuviese que ir á buscarla como un ahogado que vuelve del fondo del mar.»

Lyngstrand añade que de ahí piensa sacar asunto para una obra de arte.

Aquel relato impresiona hondamente á Ellida, que desea más detalles del americano; pero Lyngstrand le contesta que no ha vuelto á saber de él, porque naufragaron poco después.

—Yo creo—dice—que murió ahogado.

La enfermedad de Ellida toma incremento, y Wangel, desesperado, cree curarla llevándola á Skjoldviken, porque la tristeza del pueblo podía ser la causa de su malestar.

Ellida rehusa, y en un arranque de franqueza, le da los pormenores de su amor con el piloto, le explica por qué vive pensando en él, y le confiesa que ella no se casó amando á su marido.

Ellida cree ver á cada instante al extranjero, y lo ve tal y como lo vió la última vez.

—¿Tú no te fijaste—le dice á Wangel—en los ojos de nuestro niño? Los ojos del niño cambiaban de color al compás del mar, según había bueno ó mal tiempo.

—Bien—responde el doctor—¿y qué tenemos con eso?....

—Yo ví alguna vez ojos semejantes.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace diez años....

Wangel, espantado, exclama:

—¿Qué quiere decir eso?

Y Ellida en voz baja, le dice:

—El niño tenía los ojos del extranjero.

—¡¡Ellida!!

—Tú debes comprender ahora por qué yo no podré nunca vivir contigo como mujer!....

Parada Ellida delante del estanque del jardín, hablando consigo misma, sola, completamente sola, oye una voz que le dice:

—Buenas tardes, Ellida.

Ellida, vuelve la cara diciendo:

—Vienes al fin, querido.

Pero al ver al piloto, no en sueños, sino en la realidad, se apodera de ella un terror inmenso. Cuando lo reconoce, él le dice que ya sabe que se ha casado con otro, pero que eso no importa, que lo siga voluntariamente.... Le da de plazo hasta el próximo día á la caída de la tarde, advirtiéndole que si rehusa será para toda la vida.

La mirada del extranjero produce en Ellida un efecto sorprendente, y cuando él le fija la vista, ella grita:

—No me mire vd. así... ¡Esos ojos!.. Por favor.... ¡no me mire vd. así!

La presencia de Wangel no inquieta al extraño que se retira prometiendo á Ellida volver por ella....

*
* *

La fuerza del drama estriba toda en este momento culminante. Ellida quiere libertad completa para escoger entre Wangel y el piloto. Se aterra al pensar que Wangel la retenga en contra de su voluntad. El autor se empeña en aparentar que Ellida está casi decidida por el extranjero.

Wangel, como he dicho antes, ama á Ellida y quiere salvarla del precipicio en que está. Por último, acuerda la separación del matrimonio.... pero después de irse el piloto.

El misterioso marino cumple su oferta, y acude á la casa de Wangel al día siguiente.

—Buenas noches—dice—aquí me tienes otra vez, Ellida.

—Acaba de dar la hora.

—¿Estás pronta á partir?

Entonces Wangel exclama:

—Bien ve vd. que no lo está.

—No me refiero al traje ni á los equipajes. Yo tengo todo en mi camarote.—Y dirigiéndose á la esposa del Doctor le dice: Ellida, te pregunto si estás dispuesta á seguirme voluntariamente.

—¡Aparte vd. de mi esa tentación! ¡La decisión irrevocable! ¿Por qué esa manera inquebrantable de perseguirme?

—¿No sientes tú como yo que nos pertenecemos el uno al otro? Acabarás por elegirme á mí!—exclama el extranjero.

Wangel amenaza al piloto con hacerle expiar el asesinato del capitán.

El piloto saca un revolver. Ellida le dice:

—No le mate vd. ¡Antes á mí!

Y él contesta:

—Ni á tí ni á él. Esto es para mí. Para vivir y morir como hombre libre.

Ellida hace ver á Wangel que él puede detenerla; pero que sus pensamientos jamás podrá encadenarlos.

—Te alejas cada vez más de mí!—exclama Wangel adolorido.—El deseo de lo infinito, del ideal irrealizable acabará contigo.

—Sí—dice Ellida—siento cernerse sobre mí negras alas, alas silenciosas....

—Es menester que no llegue ese caso. Sólo hay una salvación para tí: anulo por eso nuestro contrato. Ahora.... elige tu camino. Eres libre, completamente libre.

—¿Es sincero lo que dices? ¿Consientes de veras?

—Sí, con el corazón hecho pedazos. Consiento.

—¿Eres capaz de consentir?

—Sí, por amor á tí.

Wangel explica la dolorosa situación en que se encuentra.

Ellida, goza al verse libre, al ver que puede elegir entre los dos.

—Ven, pues, Ellida—dice el extraño.

Pero Ellida, le contesta que jamás abandonará á Wangel, porque es el dueño de su corazón.

—Vd. es para mí—añade—un muerto

que sale del mar y que al mar vuelve. Ya no me atrae vd.

El piloto contesta:

—Vd. será para mí, solamente el recuerdo de un naufragio.

II

El genial autor de *Romersholm*, tiene, entre otros méritos, el de no dejar un solo hueco en los problemas que constituyen sus obras. Pero como no he llegado á tener por Henrik Ibsen una pasión irresistible, comprendo los lunares de que adolecen sus producciones. Reina en sus dramas la originalidad, en la forma y en el fondo, dándole á cada uno de ellos uu sello especial, que produce impresiones distintas. Mientras conmueve con *Los aparecidos*, *Casa de muñeca* es la precursora de grandes insomnios. *Un enemigo del pueblo* desconcierta, mientras *La dama del mar* asombra.

Como habrá visto el lector en el argumento de *La dama del mar*, Wangel, con

su talento y su buen corazón, ha salvado á Ellida ¿Es lógica la obra? Tal vez no. Yo entiendo que el desenlace de este drama, es un capricho de Ibsen.

En *La dama del mar*, como en *Casa de muñeca*, el gran dramaturgo noruego se dejó llevar de sus extravagancias. ¿Es que pensó demostrar algo llevando á Ellida por el buen camino? ¿Es que intentó finalizar la obra con una moraleja mal entendida? No será difícil que Ibsen haya escrito *La dama del mar* con la intención de *descargar* el desenlace violento de *Casa de muñeca*.

Y lo creo así, porque á Ellida se la puede estudiar, sin conocer al admirable Osvaldo, haciendo poco caso de Rosmer y de Stockmann. Pero Ellida y Nora son, por el contrario, dos seres que guardan relación intima á pesar de hallarse la una á gran distancia de la otra.

El problema de la mujer, desarrollado por Ibsen, me parece superior en *La dama del mar* que en *Casa de muñeca;* y considerándolas como obras de arte, hay más

encantos en la figura de Ellida que en la de Nora.

La humanidad aprenderá poco en ambos dramas, aun cuando valen bastante para que no los olvide jamás.

Abundan escenas inútiles en *La dama del mar*. Pasan por el drama sombras que el autor presenta y no aclara. Hay personajes á medias, como lo son Hilde y Bolette. Cuando la mano del artista, construia la figura de Ellida, tembló emocionada. Seguramente su corazón palpitó con violencia, teniendo á Ellida incrustada en su cerebro de pensador.

Pudo más el poeta.

Ellida resultó muy hermosa; pero, en cambio, su personalidad es ilusoria.

La dama del mar dice que la piedra existe, sin saber en dónde está.

Con razón han dicho algunos críticos, que la verdad del drama es una. Ibsen no la ha podido señalar.

Tenemos que adivinarla.....

INDICE

Págs.

Roma..... 5
Crítica en sueños..... 13
Toros..... 23
Correspondencia de genios..... 29
Naufragio..... 37
Apuntes de Viaje..... 45
Zig-zag..... 51
La buena fama..... 59
Ripios..... 67
Manuel de la Cruz..... 77
La venida del General..... 95
La dama del mar..... 113

ERRATAS

Algunas de poca importancia se nos han escapado, como en la página 39, donde dice *araños* por decir *arañazos*. No hemos creído necesario corregirlas todas.

PRECIO:

En México y en los Estados.	50 cents.
En Nueva York.....	30 „ oro.
En Madrid	2 pesetas.

DEL MISMO AUTOR:

Menudencias.—Críticas.
Quisicosas.—Sátiras y críticas (agotada).
Escarcha.—Prólogo de Manuel del Palacio.

EN PREPARACIÓN:

Puntos y comas.

EN PRENSA:

Literatura contemporánea.

3 2044 048 083 760

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.